

Ciriaco Izquierdo Moreno

Adolescente:
¡vive **SIN**
drogas!



Adolescente: ¡vive sin drogas!

Ciriaco Izquierdo

**Adolescente:
vive sin drogas!**

Presentación

El presente libro sobre la juventud y la droga tiene su importancia en el hecho de que el autor ha visualizado un destino mejor para las nuevas generaciones. Su condición de capellán en un centro penitenciario para jóvenes y su formación en la pedagogía juvenil, lo han capacitado para comprender hasta los más mínimos detalles de la tragedia de una juventud prematuramente desilusionada por una sociedad que, a la vez, lo ofrece y lo niega todo, que les promete liberación y los deja sin libertad en el recinto de las cárceles. La droga se instala en esa frustración de ser libres sin saber para qué, pues, todos los caminos se hallan cerrados en el proyecto de ser persona.

Porque el autor es un apasionado de la juventud y su futuro, ha sabido identificar en el problema de la droga, una de las más alarmantes decepciones que afectan a muchos jóvenes. Y porque ha meditado profundamente sobre la transcendencia personal de tantas situaciones absurdas, es por lo que ha sido capaz de llevar a cabo un análisis detenido de la realidad y proponernos el verdadero rostro de esa mortal seducción.

Sus agudas observaciones acerca de este flagelo no se circunscriben a desenmarañar la complejidad del mismo, sino que se percibe en todo su contenido la intención de abrir cauces por los cuales vislumbrar una salida a ese camino sin retorno. Su sensibilidad lo ha acercado a multitud de jóvenes que han sido arrastrados a la epidemia de la droga y a la ruta de la delincuencia para llegar a la cárcel. Su actitud de acogida y de comprensión lo han llevado a abrir senderos de esperanza.

La dimensión pedagógica del libro es excelente, porque el compromiso del autor por rescatar a "sus jóvenes" de la destrucción en la que se enganchan los drogadictos, no decae en ningún momento de su escrito. La inventiva de recursos, la palabra exacta llena de ilusión, el lenguaje cercano y directo, y la claridad evidente de los planteamientos y de las sugerencias que se proponen por doquier, hacen del presente libro un instrumento imprescindible para aquellos que de una u otra forma se interesan por el drama de la juventud presa de la drogadicción.

Un estudio realizado el año de la Juventud en Alemania (1986), señalaba que la formación recibida no había logrado dar forma a la personalidad de los jóvenes. En general, éstos no han podido cuajar un proyecto de vida, no han consolidado comportamientos regidos por valores. El eslogan publicitario "haz lo que quieras" ha dejado a muchos sin saber qué hacer. Cuando el proyecto interior de "ser alguien" se ha desvanecido, las ofertas de la sociedad de consumo han tomado el relevo para mostrar que se puede "ser" con tener.

Tener una marca de zapatos, de bebida, de vestido, de moto, etc. Consumir ruido y movimiento en discotecas, estar "atento" toda la noche porque la "noche es joven". Así cuando todo se ha experimentado y no se ha encontrado un sentido hacia qué orientar la propia vida se concluye que la sociedad es "un asco" y que puede haber un camino de evasión en el alcohol o la droga. El abrazo final de ese itinerario es la autodestrucción y la muerte.

Este cuadro de tonos fuertes y escalofriantes que conduce a multitud de jóvenes a la delincuencia y a la cárcel, es el panorama que ha llevado al autor a escribir un libro como diálogo sereno y profundo sobre un marco social que a todos nos afecta. No hay en el texto alarmismos estériles, sino la serenidad de quien siente el dolor de las familias y la frustración de una generación. Podría definir su estilo como "palabras de sensatez" o de "conversación en familia". El autor, de cuya amistad me precio, tiene ojos de padre para una generación "huérfana" y trata los temas con la delicadeza que merece una tragedia humana. Su experiencia educativa se muestra bajo el prisma de una responsabilidad paterna. Cuando los padres ya no saben qué decir a sus hijos atrapados por la droga, en este libro todavía se pueden percibir "palabras de padre".

Con esta publicación el autor nos ha dado una nueva joya en el ramo de sus más de cuarenta libros editados. Todos ellos son aportes valiosos en torno a la problemática de la juventud. Sus premios nacionales en temática juvenil avalan su calidad. Los más recientes, entre los que se encuentra este texto, muestran un enriquecimiento progresivo en el tema que ha llevado y lleva siempre en el corazón: la preocupación por el futuro de los adolescentes y de los jóvenes. Lógicamente, de lo que se tiene en el corazón escribe la pluma.

Vicente José Sastre García
Director del Instituto de Investigación
en Ciencias Sociales
Valencia (España), enero de 2004.

Los adolescentes frente a la droga

A la mayoría se le pasa la vida sin hacer nada;
a muchos, se les pasa haciendo lo que no deben;
a otros, en hacer mal lo que hacen.
¿Cómo se te pasa a ti la vida?

SÉNECA

El flagelo de la droga

El fenómeno de las drogas tiene un carácter global. Afecta a todas las naciones del mundo, a ambos sexos, a todas las edades, a las diferentes clases sociales y a todos los sectores de la economía. Nadie puede afirmar que no ha tenido alguna relación con personas que directa o indirectamente sufren la consecuencia de este "flagelo", como lo denominó el Secretario General de las Naciones Unidas. El grave problema de la droga es primariamente su efectividad destructora contra la salud física y moral de los ciudadanos. El riesgo fundamental es que el joven deteriore profundamente su soporte biológico y se frustre, sin remedio, su capacidad de desarrollo. Es ante todo un problema de salud tanto física como moral, por eso es muy grave y prioritario.

Millones de personas en el planeta Tierra están afectadas por el consumo de las drogas, del alcohol y del tabaquismo, y según todas las encuestas e informes, las drogas constituyen uno de los fenómenos que más preocupan a la sociedad de nuestro tiempo en todas las naciones del mundo.

La amplia difusión del consumo de drogas en los países occidentales hace que podamos considerar a las drogodependencias como la gran "epidemia" de nuestros días. Sí, las "drogas", son las "actuales bombas" destructoras de la personalidad de nuestros adolescentes, jóvenes y mayores. Sus repercusiones van desde el grave conflicto familiar que suele ocasionar la toxicomanía hasta la preocupación puramente social y su repercusión en el aumento de la delincuencia y en los problemas de salud en nuestra sociedad.

Las drogas más tradicionales o "legales" como el alcohol o el tabaco, continúan consumiéndose abundantemente a pesar de los esfuerzos (sobre todo con campañas de divulgación), de concienciación y formación, que se llevan a cabo durante los últimos años en muchos países.

El desarrollo del consumo de drogas "ilegales" se ve apoyado por extensas redes multinacionales de producción y distribución, fortalecidas por el inmenso volumen de capital obtenido con los beneficios que produce el tráfico de estas sustancias.

Igualmente, hay que tener presente que la mujer se ha incorporado paulatinamente a este consumo, tanto en lo que se refiere a las "legales" como a las "ilegales", lo cual facilita la mayor incidencia y difusión del problema, además de provocar repercusiones directas sobre los hijos.

Hoy en día se ha evolucionado hacia el consumo o dependencia, no de una sola droga, sino de varias de forma simultánea o alternativa, de tal modo que se puede hablar de polidrogodependencias, con efectos y consecuencias imprevisibles, debido a las inmensas posibilidades de asociación que ofrece este amplio "mercado".

Por tanto, al abordar el problema del consumo de drogas hay que considerar, no solamente, las consecuencias directas e inmediatas que éstas puedan ocasionar, sino los graves perjuicios que, a mediano y largo plazo, han producido y continúan produciendo a nuestros adolescentes y jóvenes en la sociedad actual.

Todos nos sentimos intranquilos y preocupados porque conocemos personas atrapadas por la droga; encontramos en nuestro entorno lugares donde se trafica y cada día nos cruzamos con algún drogodependiente. Experimentamos temor y compasión ante la presencia habitual de toxicómanos muy deteriorados en nuestras ciudades. Hemos oído hablar o conocemos familias que han sufrido en carne propia el conflicto, viviendo situaciones dramáticas que propagan con facilidad a vecinos y amigos. Incluso, el azote de la droga sacude los hogares aparentemente bien protegidos, que a veces deja atónitos a los padres que creen (tal vez con cierta ingenuidad) estar a salvo de toda esa lastimosa y temeraria corriente que arroja a los adolescentes en la más sórdida y funesta de las guerras, que los obliga a una batalla que parece perdida antes de comenzarla. Todos sabemos que la red de distribución de sustancias ilegales está extendida por toda la geografía de nuestros países... En definitiva, la omnipresencia de la droga en la vida cotidiana genera una inquietud social profunda y duradera.

Elemento clave en la generación de esta preocupación ciudadana ha sido su presencia habitual en los medios de comunicación social (MCS). Todos somos conscientes de su influencia en una sociedad abierta y democrática. Su denominación como "cuarto poder" en el Estado democrático es asumida hoy sin discusión. Han representado un papel fundamental a la hora de informar y de concientizar. Sin embargo, la difusión de mensajes alarmistas y poco rigurosos ha creado un estado de opinión que desfigura radicalmente la realidad y provoca actitudes y comportamientos erróneos.

Ante esta realidad, nadie puede permanecer indiferente. Aquí no cabe la neutralidad. Es necesario colaborar eficazmente para *erradicar* de este mundo la lacra de las "drogas" y el preocupante problema de su consumo.

Dentro de este contexto, el razonamiento de los adultos se vuelve confuso. En

primer término, es necesario reconocer que en materia de lucha contra la droga, todos, sin excepción, somos principiantes. Ya sea a nivel de prevención comunitaria o individual, no se sabe qué caminos recorrer. Algunos están a favor de las grandes campañas que deberían convencer a los jóvenes del peligro de la toxicomanía; pero también se sabe que muchas de estas campañas están tan mal direccionadas que, en lugar de alejarlos, los acercan a la droga. Lo que debería ser una alerta se convierte en seducción.

Otros, con toda su impotencia, su falta de coraje, sus desilusiones, optan por un razonamiento permisivo y sostienen que se debe abandonar a los jóvenes a su propia suerte, puesto que no quieren escuchar las orientaciones que intentamos darles y pretenden, orgullosamente, ser dueños absolutos de sus decisiones y de su modo de vida.

Por eso vemos a muchos adultos que dan media vuelta y se retiran, encerrándose en un conformismo que los disculpa de cualquier inquietud y, piensan ellos, de toda responsabilidad. De esta manera dejan que los jóvenes se metan en el barro sin preocuparse por extenderles una mano que podría salvarlos. A veces sucede que la omisión se transforma en tolerancia, aunque parezca imposible.

Ocuparnos de drogodependencias hoy más que nunca significa conocer, denunciar, comprender, educar, rescatar; equivale a interesarnos por la familia, el trabajo, la escuela, el tiempo libre, las relaciones personales y el ambiente. Denota participar en el funcionamiento de las instituciones, del barrio, de la sociedad en su conjunto. Implica ensanchar nuestro horizonte hacia otras ciudades. Supone luchar contra el consumismo farmacéutico y el tratamiento químico propuesto por muchos como remedio para cualquier mal, frente al conformismo impuesto por los medios de comunicación y por las modas contra la masificación, el egoísmo, la pereza, etc.

La droga, un reto a la juventud

Los jóvenes necesitan respuestas verdaderas y por ello serenas. La apariencia externa que llamamos "anarquismo", frecuentemente no es más que la máscara con la que se encubre el desencanto de quienes no han encontrado respuestas, o la insatisfacción de una existencia frívola a la que los arrastra la sociedad. La droga no puede ser la respuesta adecuada a esas inquietudes no malogradas de la juventud. "Vivir sin drogas" es, entonces, un lema exigente que desborda la abstinencia de las sustancias reconocidas como tóxicas. Requiere una libertad de espíritu, una voluntad firme y una clarividencia atenta, un deseo de vivir con dignidad.

Son muchos los problemas y dificultades que el adolescente tiene que sortear y superar simplemente *para vivir*. Y si difícil es vivir, *acertar a vivir* es todo un arte, en el que se requiere inteligencia y habilidad para jugar adecuadamente las cartas que nos ofrece la vida. Como decía John Billings, *la vida no consiste en*

tener buenas cartas, sino en saber jugar bien las que tenemos.

La vida no vale por el tiempo que dura, sino por la riqueza humana con que se vive, por el contenido que hemos aportado, por el servicio que hemos prestado, por el entusiasmo e ilusión con que vivimos, por el amor que ponemos en ella y por la entereza y la fortaleza para seguir la senda de la verdad, de la libertad y del bien:

Cierto que las "drogas" es el gran desafío a la juventud "apasionada por la verdad", que tiene hambre de "valores trascendentales", y tiene "capacidad de servicio, de valentía y de amor heroico, que sueña con la "hermandad entre los hombres y con una humanidad que supere el conformismo".

Pablo VI

Pero ¿quiénes son los jóvenes? Es ese sector de la humanidad no integrado todavía en la vida social, ni por el ejercicio de una profesión ni por la maduración de las responsabilidades familiares, sociales o políticas. Por tanto, los jóvenes serían esa masa en fase de espera y formación; un contingente humano muy numeroso de seres en proyecto, fácilmente dados a la ensoñación y a la rebeldía y en intenso proceso de acumulación de energías vitales:

Ser joven significa ser capaz de apreciar la sinceridad; buscar el camino de una vida digna y noble. Ser joven es sentirse atraído por la verdad, la justicia, la libertad, la paz, la belleza y la bondad. Tener ganas de *vivir*, pero con alegría, con sentido; vivir una vida digna de ser vivida. Ser joven significa estar lleno de ideales y esperanzas. También denota experimentar la soledad y el miedo de que esas preciosas esperanzas no se vean realizadas.

Juan Pablo II

Estas palabras del papa Juan Pablo II son una propuesta de vida para los jóvenes.

Sin embargo, algo está pasando hoy en el corazón de los jóvenes. No obstante, el huracán es fuerte, pero, ¿de dónde viene y en qué dirección va, dónde está el secreto de su poder y, sobre todo, por qué los árboles caen sin apenas resistencia? ¿A qué se debe el alejamiento de la fe religiosa o, al menos de la Iglesia institucional? El fenómeno es complejo.

No cabe duda de que el consumismo, el materialismo, el hedonismo, y el consiguiente permisivismo moral propio de las sociedades capitalistas, excitan las pasiones, estragan el sentido de lo religioso, potencian los valores del dinero, del placer y del poder como los únicos valores importantes en la sociedad actual, y obstaculizan el que los jóvenes se interesen por aquellos principios fundamentales y valiosos del cristianismo.

A esto hay que añadir el indudable impacto desmoralizador y descristianizador de los medios de comunicación social. Los jóvenes no tienen aún la capacidad crítica suficiente para defenderse de los asaltos conscientes o subliminales lanzados con imágenes o sofismas, de efecto retardado, pero perfectamente calculado. Muchos se encuentran inseguros y sucumben a una propaganda muy bien hecha, porque carecen de una conciencia crítica para recibir los valores auténticos y desenmascarar las ideologías dominantes.

Evidentemente las "drogas" son un auténtico "reto" a la "nueva juventud" que es la "edad de los sacrificios desinteresados, de la alegría, del coraje y del entusiasmo, de esa juventud que tiene por principal deber un amor sin egoísmos y la ilusión por alimento, que cree que es empresa fácil el remover el mundo", según algunas descripciones de los grandes pensadores.

En una juventud dominada por la "droga" se derrumban los valores de amistad, confianza, responsabilidad, libertad, compromiso, entrega, espíritu de servicio y personalidad. Con una juventud "drogada" se desmoronan todos los ideales, ilusiones, convivencias, jornadas de formación, seminarios y encuentros juveniles, que son una *necesidad básica*, para llegar a ser "personas libres". Con la "droga" y por la "droga" los adolescentes y jóvenes tendrán como única ley, aquella de la selva y del "gansterismo" y mirarán al hombre o a la mujer no como "una cosa sagrada", según Séneca, sino que el hombre será un "lobo para el otro hombre" como decía Hobbes:

Las "drogas" son en la sociedad actual un "reto" y al mismo tiempo, una "amenaza" para ustedes jóvenes que son "la esperanza de la sociedad, los testigos de Cristo en el mundo y los portadores del mundo del futuro".

Todos sabemos que *son sensibles a la tensión entre el bien y el mal* que existe en el mundo y en ustedes mismos. En su interior, sufren al ver el triunfo de la mentira y de la injusticia. Sufren, al sentirse incapaces de hacer triunfar *la verdad y la justicia*. Sufren, al descubrir que son, al mismo *tiempo, generosos y egoístas*, desearían servir y colaborar siempre en favor de los oprimidos, pero... se sienten atraídos por muchas cosas y seducidos por otras, que les cortan las alas. Espontáneamente se sienten llevados a rechazar *el mal y a desear el bien*. Pero algunas veces tienen dificultad en ver y en aceptar que para *llegar al bien*, hay que pasar por la renuncia, el esfuerzo, la lucha, la cruz. Fue lo que sucedió con aquel joven que deseando, la perfección y queriendo seguir a Jesús, no lograba comprender y aceptar que era necesario renunciar a los bienes materiales.

Juan Pablo II

Cómo evitar el consumo

Para evitar el consumo de drogas es necesario *prevenir* que nuestros adolescentes y jóvenes no entren en el despersonalizante mundo de la "droga" no basta con una adecuada *información* sobre los efectos y consecuencias de las "drogas". Se necesita, además, crear *actitudes del bien obrar*, criterios para discernir el problema con lucidez y claridad según los dictámenes de la ley natural o del mensaje evangélico.

En ningún momento se podrá admitir la *desinformación*, así como tampoco cultivar el *miedo*. La orientación que esté conducida por el temor es nefasta, peligrosa, inoperante y contraproducente. Está claro que se desea despertar en los jóvenes conciencia crítica, para que sean capaces de hacer su elección con la mayor lucidez. Solamente en esta perspectiva se debe impartir a los jóvenes una educación preventiva contra las drogas.

Los adolescentes y jóvenes quieren saber *por qué* deben hacer esto o aquello o por qué no lo deben hacer. La educación que sea incapaz de responder a esta pregunta, que es muy legítima, ciertamente camina hacia el fracaso. En materia

de drogas sería algo extremadamente grave.

La acción preventiva se debe desarrollar en el marco de una política integral de educación para la salud y el bienestar, teniendo presente que los problemas de la sociedad y de los propios sistemas de convivencia inciden directamente en cuantas acciones se realizan en este ámbito.

La acción debe ir destinada a las poblaciones afectadas. En principio, hay que diferenciar dentro de ellas las que están en riesgo de convertirse en toxicómanas, a las que concierne el problema.

Esta obra es una propuesta para convertir a la persona en protagonista de su historia. En un ser libre de esclavitudes, que busca el bien en la libertad y en la justicia. La finalidad de este libro no es tanto la de informar sobre las "drogas", sino la de ofrecer fuerzas que potencien una educación eficaz de la voluntad, para que chicos y chicas puedan optar por otros estilos de vida, que son los que auténticamente proyectan felicidad y alegría en la actual sociedad. De igual manera, una lucha eficaz contra las toxicomanías o dependencias de "drogas", no puede limitarse a una información sobre los efectos nocivos de las mismas, si no va unida a una educación de la voluntad, del crecimiento, desarrollo madurez y formación de una personalidad libre y sana que sabe elegir el *bien* entre las diversas opciones que se le presentan.

Éste es un libro pensado y escrito para todas las personas que quieran vivir mejor, con mayor plenitud, dispuestas a transformar sus hábitos de vida, para aquellos que dominados por la rutina o por una hiperactividad sin sentido, o esclavizados por la "droga" se hallan movidos por un interés de mejorar su calidad de vida.

Pero, sobre todo, el adolescente puede encontrar múltiples conceptos y elementos que le van a permitir configurar un modelo de vida que le posibilite contemplar y desarrollar todo un nuevo estilo de comportamientos enriquecido por una serie de valores y de virtudes básicos para una vida más digna y más acertada.

A lo largo de estas páginas el lector puede encontrar, especialmente, las *actitudes concretas* que se deben tener con los adolescentes y jóvenes "no drogadictos", y también, con los "drogadictos", a nivel *escolar, familiar, social y personal*.

Con los adolescentes y jóvenes "no drogadictos", éstas son las dos actitudes ante ellos:

Prevenirlos: dándoles una correcta información sobre las "drogas" y sus consecuencias personales y sociales y *educándolos* en la voluntad, en la formación de una personalidad firme y fuerte para enfrentar la oferta del consumo de drogas.

Entusiasmarlos e ilusionarlos con convivencias juveniles, deportes, juegos,

actividades en contacto con la naturaleza, trabajos y amistad con Jesús, para que puedan sentir la alegría de vivir y no caigan en la esclavitud de la "droga".

Como medidas preventivas para evitar la caída en drogodependencias, podríamos señalar las "cinco 'aes' de la autoestima", de las que tanto se habla y se escribe hoy día:

- 7 *Autoconocimiento* de la propia realidad personal, puntos fuertes y menos fuertes. Conciencia de sí mismo, de las aptitudes, conocimientos, experiencias, valores e intereses.
- 7 *Aprecio* genuino y auténtico de mí mismo como persona y de todo lo positivo que hay en mí, de mis cualidades, talentos y habilidades.
- 7 *Aceptación* tolerante y dinámica al mismo tiempo, de limitaciones y debilidades, errores y fracasos; reconocimiento sereno de las zonas oscuras de mi personalidad, y deseo, sin angustia, de mejorar en lo posible.
- 7 *Afecto* y cariño hacia uno mismo, de tal modo y manera que uno se encuentre a gusto con sus pensamientos, sus sentimientos, sus sensaciones, con su historia personal, siendo capaz de "disfrutar" la soledad.
- 7 *Atención* cariñosa, adecuado cuidado de las necesidades reales (físicas, psicológicas, espirituales...) no imaginarias ni superfluas, fabricadas, por lo general, por una publicidad agresiva y despersonalizada.

Por eso, es fácil comprender a Carl Rogers cuando afirma: "Si fuera a buscar la raíz de los problemas que nos afectan, diría que en la gran mayoría de los casos se desestiman, se consideran con poca valía personal". Porque la ausencia de autoestima hace a la persona dependiente del entorno, mendigando aquello de lo que carece; amor, consideración, afecto..., y termina por ser manejada desde fuera como una marioneta, con la penosa sensación de no ser nadie.

Con los "drogadictos" adolescentes, jóvenes y mayores hay que tener estas actitudes: comprensión, acogida, acompañamiento, misericordia, ayuda positiva, alegría y esperanza.

Por tanto, los destinatarios de este libro son ustedes, adolescentes, y jóvenes "no drogadictos" o "drogadictos", de ambos sexos, padres y cuantos educadores, tutores y animadores de grupos juveniles desean colaborar para que la "droga" no destruya la poesía de la adolescencia y de la juventud en la sociedad actual. Los jóvenes y las drogas deben ser siempre conceptos irreconciliables. La juventud es vida, crecimiento, desarrollo y amor. La droga es muerte, aislamiento y destrucción.

Éste es un libro pensado para que los adolescentes no caigan en la "esclavitud" de la "droga" y para recuperar a los "drogadictos", desde el calor del amor y la disponibilidad de la comprensión, la libertad.

Intento que este libro sea "mano amiga" que ayude a los jóvenes a no entrar en el mundo de la "droga", para que puedan ser siempre "personas libres".

Ya es hora de que terminemos con la esclavitud; con el binomio de opresores y oprimidos. Es vergonzoso que, al proclamar los derechos del hombre a los cuatro vientos y con los altavoces y trompetas de nuestros medios de comunicación social, sigan los esclavos caminando por nuestras calles con la mirada sin brillo, porque la vida para ellos transcurre sin libertad, sin la posibilidad de salir de la trampa en la que los han metido... Pero mientras haya seres humanos que luchen por la libertad, existe la esperanza de que la esclavitud sea abolida para siempre y el abrazo de una fraternidad de personas libres sea una realidad. ¡Ánimo, amigo(a), y lucha por la verdadera libertad!

La lectura de este libro será provechosa en la medida en que afronte sus ideas con los datos y reflexiones que irá aportando. El ayudarlo a dejar a un lado los tópicos para acceder a una comprensión más racional es un objetivo prioritario del texto. Sabemos por experiencia lo difícil que resulta escuchar argumentos contrarios a ese conjunto de ideas aceptadas socialmente y que han calado profundamente en nuestras formas de valorar la vida.

Para terminar esta introducción, y colaborar en esa tarea previa de autoanálisis, vamos a ofrecerle una exposición esquemática de los principales estereotipos sociales que dificultan la comprensión del fenómeno y la articulación de propuestas eficaces:

1. Cuando hablamos de droga inmediatamente pensamos en sustancias ilegales cuyo tráfico está penado por la ley. Olvidamos, ingenuamente, la importancia de todas aquellas estancias legales y socialmente aceptadas cuya incidencia en el fenómeno es prioritaria.

2. Las estadísticas que nos llegan a través de los MCS rara vez hacen distinción entre lo que significa haber tenido contacto con drogas ilegales, usarlas esporádicamente o depender de ellas. Esto explica la tendencia de los ciudadanos a exagerar el problema de la drogadicción, padeciendo sentimientos de ansiedad e impotencia más allá de lo racional. El mito de la hipercontaminación está ampliamente difundido.

3. Existe un cierto mecanismo por el cual, lo anormal, al ser noticia, se convierte en cotidiano. De esta forma, fenómenos muy puntuales se amplifican provocando angustia y actuaciones desproporcionadas. Ejemplo claro y concluyente lo encontramos en las noticias centradas en el tráfico de drogas en centros escolares. Evidentemente, este tipo de hechos son excepcionales, pero generan un nivel de ansiedad y preocupación grave y desmesurada en muchos padres de familia.

4. Al referirnos a los toxicómanos nuestras imágenes se centran en el heroinómano, al que describimos por su marginalidad, su relación con la inseguridad ciudadana y su incapacidad para recuperarse. Nos olvidamos de personajes tan cotidianos como el alcohólico y el consumidor pertinaz de medicamentos autorrecetados. Cerramos los ojos al nuevo perfil del

drogodependiente que ha ido surgiendo en los últimos años.

5. Identificamos instintivamente el fenómeno de las drogas con lo delictivo, ignorando la importante relación del mismo con elementos tan cruciales como la salud o la educación.

6. Consideramos las propuestas represivas como prioritarias para solucionar el problema. Pedimos firmeza de las medidas legislativas y de la acción policial. Pero olvidamos la necesidad de realizar transformaciones en la educación y en los estilos de vida que sustentan este fenómeno.

7. Identificamos la droga con la juventud y la marginación. Si bien es verdad que los estilos de vida juveniles son preocupantes y que la marginación provoca cierta tendencia hacia el consumo, no conviene olvidar que la drogadicción afecta a todas las edades y sectores sociales.

8. Mecanismos inconscientes, surgidos en campañas publicitarias y presentes en los mensajes subliminales de los MCS, nos inducen a hermanar la droga y el SIDA. Esta identificación automática es absolutamente falsa. Sólo aquellos drogodependientes que usan jeringuillas infectadas quedan contagiados. Y, en este momento, las estadísticas nos indican que esta riesgosa práctica empieza a ser minoritaria.

9. Identificamos a los traficantes con ciertas mafias y "carteles", popularizados por cientos de películas, y los culpamos de casi todo. Un análisis más serio nos mostraría que estamos ante uno de los mayores mercados internacionales, sólo superado por el de las armas, cuyo desarrollo supone la implicación de políticos, altos funcionarios, instituciones financieras y grupos con poder social.

Reconocemos que la sociedad ha tomado conciencia, seriamente, de lo que supone el uso abusivo de las drogas y que los representantes del pueblo han captado esa preocupación dedicando medios para articular estrategias. Pero no podemos obviar que una imagen distorsionada provoca actitudes y comportamientos erróneos, tanto en la ciudadanía como en los responsables del poder público.

Como recuerda el doctor Ollevenstein, el consumo de drogas no es el resultado de un solo factor (como, por ejemplo, la sociedad), sino la confluencia de un producto, de una personalidad y de un momento sociocultural. Aquí encontramos una de las explicaciones del fracaso de los que consideran que la causa del abuso de las drogas es una sola y dirigen contra ella sus esfuerzos.

Elementos que participan en la drogodependencia

Los tres elementos que participan en el fenómeno de la drogodependencia son:

La sustancia (droga/as): es el elemento clave a primera vista, pero si lo

analizamos fuera del contexto en que habitualmente es considerada, pierde importancia.

Las drogas no son buenas ni malas, existen, y de ellas el ser humano hace un uso determinado. De todas las posibles modalidades de uso sólo una le confiere la cualidad de *droga*, sin olvidar la capacidad adictiva de determinadas sustancias, que es muy elevada en el caso del alcohol o la heroína, por ejemplo.

La persona: cada individuo se relaciona con las drogas a través de una serie de peculiaridades propias que confieren su personalidad. No todas las personas consumen las mismas sustancias ni les producen los mismos efectos.

Todavía hoy existe una gran discusión sobre si los toxicómanos responden a una determinada personalidad que los predispone al uso de una sustancia. No está claro, aunque existen una serie de factores de personalidad característicos, como son la inmadurez o la baja tolerancia a la frustración.

El medio social: la influencia del medio es importante, aunque tampoco por sí solo es capaz de explicar el fenómeno de la drogadicción. Dos son las líneas generales de influencia. Primero, la participación del medio en la formación de la personalidad del individuo; segundo, la posibilidad de contacto con la sustancia que el entorno facilita (por ejemplo, ¿por qué se admite el consumo de unas y no de otras?, ¿cómo se accede a ellas?, ¿qué mecanismos extienden su uso?

Los tres factores brevemente expuestos se relacionan entre sí, para dar como resultado el drogodependiente y la evolución de lo que venimos llamando fenómeno de las toxicomanías y sus consecuencias, que repercuten en el individuo, su medio social y la sociedad en general, en tanto que la magnitud de dichas secuelas sobrepasa el campo de lo individual.

Los datos procedentes de interesantes estudios plantean temas importantes cuando se presentan hechos en los cuales se indican que factores tales como el espíritu de rebeldía, un mal rendimiento en la escuela, las actividades delictivas y anómalas, las actitudes o ideas favorables al consumo de drogas tanto lícitas como ilícitas y la tolerancia de los comportamientos anómalos en general, *preceden y pueden predecir* un consumo de drogas ilícito. El desvío de la moral y de los valores tradicionales, tal como lo indica la poca importancia que se asigna a los logros personales, el menor acatamiento de las normas tradicionales y de los controles de la religión y de la familia y la acción de recurrir cada vez más a los amigos y compañeros como modelo y apoyo precede también al consumo de drogas.

Es peligroso dissociar el consumo de drogas de otros comportamientos anómalos y potencialmente destructores o interesarse exclusivamente por él. A través del desarrollo del tema de "los adolescentes ante la droga" consideramos los tres elementos básicos constitutivos del fenómeno de la drogadicción: la droga, el drogadicto y el contexto sociocultural.

La droga, tema de actualidad

El mayor éxito que podemos lograr en la vida
es acertar a vivir.

JUAN LUIS URCOLA

El problema de la droga hoy

En los últimos años el consumo de drogas ha alcanzado niveles insospechados. Ya no se consideran sustancias tóxicas y misteriosas usadas por personas marginadas, sino que constituyen, de hecho, un hábito social. Las drogas se encuentran en todas las áreas geográficas y a disposición y consumo de todas las personas. Han llegado a las puertas de los colegios y universidades, a los cuarteles del ejército, a las cárceles, afectando a todos los estratos de la población, con predilección por la adolescencia; es por eso y por su peligrosidad, que el estudio de la droga lleva implícitos conceptos jurídicos, médicos, sociales, políticos y económicos.

El ingenuo optimismo en el progreso y la evolución del ser humano fomentado, sobre todo, en los años de la ilustración ha dejado de tener sentido.

Al contrario, el modo de vivir de nuestra sociedad postmoderna no parece promover una vida feliz, sino una existencia cómoda aunque carezca de sentido.

El hombre de hoy contempla en su conciencia un gran vacío de valores. El desfallecimiento de la regulación interior de la conducta se sitúa en el origen de muchos comportamientos desviados entre los que cabe destacar: las toxicomanías, ciertos tipos de delincuencia, la disociación familiar, la incomunicación, la insolidaridad y una cierta desintegración social.

La drogodependencia es una enfermedad del mundo actual: del consumismo, de la crisis de valores espirituales, de una sociedad opulenta en la que era más importante tener que ser; ahora al llegar la crisis económica se evidencia una insatisfacción de una estructura de necesidades, estimuladas artificialmente por esta sociedad consumista que somos todos. Máximos ideales: ¡pasarla lo mejor posible!, ¡derechos y no deberes!, ¡tanto tienes, tanto vales!

La droga es un tema de actualidad. Ha necesitado varias décadas de gestación para aparecer a la luz como espectro apocalíptico de los jóvenes. Se informa, se habla, se discute, aunque la mayoría de las veces se callan los motivos que desencadenan, permiten y hacen que estos productos ilegales resulten cada día más atractivos a un buen número de personas ávidas de experiencias para romper una monotonía apática y dinamizar la propia vida.

¿Qué es la "droga"?

Existen infinidad de definiciones. Siendo la "droga" una realidad tan vieja como la humanidad, se han dado muchísimas y variadas interpretaciones de la misma, atendiendo a las diferentes culturas, tradiciones y costumbres de las diversas civilizaciones y pueblos.

El término "droga" suele identificarse a menudo con sustancias gravemente tóxicas, esto es, con "estupefacientes" como el hachís, la heroína o la cocaína; pero no con otras menos tóxicas, como pueden ser las anfetaminas (en cuyo grupo se incluyen las píldoras para adelgazar). Se trata de un uso lingüístico impreciso y que puede inducir a confusión.

La palabra "droga" designa, en un sentido muy amplio, ciertas sustancias empleadas en química y sobre todo, en medicina; más específicamente, cualquier sustancia tóxica que produce hábito o dependencia. Estupefaciente, en cambio, es la sustancia que produce "estupor", es decir, que coarta ciertas funciones nerviosas y determina un estado general de relajación; de este concepto quedarían excluidos los productos estimulantes, como las anfetaminas.

Son sustancias que poseen una aplicación terapéutica legítima, pero de las cuales se hace un empleo abusivo con fines no médicos. Estas drogas inducen a un estado emocional más satisfactorio sustituyendo el penoso vivir de una realidad intolerable y permitiendo evitar todo disgusto. La mayoría de ellas suelen ser alcaloides extraídos de determinadas plantas. Existen muchas clases. Hay más de ochenta, unas de origen natural y otras sintéticas. Las más conocidas suelen ser: la cocaína, el hachís, el opio, y sus abundantes derivados, tales como el láudano, el clorhidrato de morfina, la heroína, la codeína, etc.; los alucinógenos: maxitón, tonedrón, LSD, STP y otros.

Igualmente, es necesario mencionar el alcohol que pertenece también a la categoría de las drogas, consumido en manera excesiva produce una acción similar. Su uso no está tan regulado como en los estupefacientes y los alucinógenos. Sin embargo, el abuso de alcohol y de los somníferos, puede producir estados toxicomaniacos extremadamente graves. En algunos países el alcoholismo crónico es una plaga médico social más seria que los desastres causados por los abusos de otras drogas.

Sin embargo, ponemos a consideración y reflexión de nuestros jóvenes y educadores de la nueva generación, algunas definiciones, que hemos encontrado en los distintos libros y tratados sobre la "droga" para que sirvan de "pistas de luz".

La droga es:

1. "Toda sustancia que se utiliza voluntariamente para experimentar sensaciones nuevas, o modificar el estado psíquico", Organización Mundial de la Salud (OMS).
2. "Cualquier sustancia farmacológicamente activa, que puede producir en un organismo vivo un estado de dependencia psíquica, física o de ambos tipos",

Equipo de Investigaciones Sociológicas (EDIS).

3. "Sustancia química que actúa sobre la actividad del sistema nervioso y las funciones psicológicas, y puede alterar las funciones sensoriales, el estado de ánimo, la conciencia y el comportamiento" (Ramón Mendoza y Amando Vega).
4. "Sustancia natural o sintética, capaz de alterar la actividad psíquica" (Congreso Internacional de Neurofisiología de Washington).
5. "Cualquier sustancia que, al consumirla, modifica el comportamiento" (Las drogas... a lo claro).
6. "Cualquier sustancia capaz de originar toxicomanía" (Diccionario Enciclopédico Salvat).
7. "Es todo medio vegetal, químico o social que usa el hombre para huir de su realidad concreta, que lo aplasta y aniquila, y sumergirse en un mundo nuevo y fantástico, alejado del dolor y lleno de sensaciones agradables y placenteras" (Educación al aire libre, p. 161).
8. "Cualquier sustancia química que ejerce un determinado efecto sobre el organismo" ("Palabra", diciembre, 1981).
9. "Todo aquello que aliena a la persona, que la saca de la problemática real en que está viviendo" (Iglesia en Madrid, nº 238).
10. "Producto de origen mineral, vegetal o animal, que en mayor o menor grado puede producir, en la especie humana, dependencias físicas o psicológicas" (Cuadernos para educadores, nº 84).

De todas estas diez definiciones que les hemos dado sobre la "droga", la mayoría se refieren a las "drogas físicas" o sustancias naturales o sintéticas, capaces de alterar la fisiología y la psicología de la persona humana. Pero dos de ellas, la 7ª y la 9ª quieren definir las "drogas sociales" (Fútbol, televisión, propaganda, moda, discos, eslogans, confort, pluriempleo, dinero, partidos políticos, etc.), que pueden alienar al ser humano moderno y producir en él cierta "dependencia o drogadicción", de tal manera que no es fácil, para la sociedad actual, prescindir de ellas, sin caer en traumas, agresividad, malhumor, nerviosismo y ciertas neurosis.

¿Las drogas, nueva religión?

El ser humano siempre ha sentido la necesidad de evadirse de sí mismo por una modificación voluntaria de su estado psíquico, de su ser en el mundo.

Con este fin se ha servido de ciertas sustancias tóxicas capaces de modificar: su conciencia, su afectividad, sus funciones receptoras, y el campo de su conciencia. Estos falsos remedios son llamados drogas.

Hoy las drogas se presentan como una salida entre las muchas que se le ofrecen al hombre actual para escaparse de sí mismo y de sus verdaderas

responsabilidades, como ser inteligente. Sin embargo, es comprensivo que se preocupe y asuste, por extraño e inconcebible que parezca, ya que gran parte del escenario que llamamos civilización atómica, o como se quiera, parece pretender eso: aplastar al ser humano a base de cómodos y suaves cojines de evasión y de lujo.

Quienes bautizan a las drogas como "nueva religión" quizá ponen al descubierto su propia creencia de que la "religión es el opio del pueblo", aunque contradigan a Marx. Al comprobar que la religión cada vez más se va purificando y convirtiéndose en atronador timbre de alarma, que despierta a la persona para que se realice y sea religiosa, si lo elige libremente, nuestra confortable sociedad se conmueve, se pone nerviosa, dice que eso no es religión, se asusta.

En cambio, cuando quiere explicarse el fenómeno de las drogas dictamina: las drogas son la nueva religión. No se atreven a aceptar que es una secta extremista del hedonismo que empa a nuestra época.

Se nos incita, a pasar por la vida sin el desasosiego del sufrimiento moral, sin el mordisco del dolor físico, sin la desazón de luchar contra la injusticia... Para conseguirlo se anuncian cada día *analgésicos* definitivos... Pero no se tolera que haya disidentes que lleven el juego peligroso hasta sus últimas consecuencias, que le den las espaldas a todo y se envuelvan en los humos de la *droga*.

Si matamos la voluntad del hombre, matamos al hombre y no nos rasguemos las vestiduras cuando comprobemos que ese ser inmaduro que estamos fabricando se quema las manos.

Lo que pretendemos es simple y llanamente, tratar de puntualizar algunos aspectos, así como realizar de paso unas elementales reflexiones sobre ciertas opiniones y juicios que por su intrínseca condición de "novedosos" pueden conducir con suma facilidad a unas zonas conceptuales excesivamente estereotipadas y trivializadas.

También y como consecuencia de esta banalización, pueden desconcertar, confundir o desviar en sus apreciaciones a aquellas personas de buena fe que no se encuentren documentadas en la materia y se dejen orientar solamente mediante estas inseguras cartas de navegación que se les ofrece.

Así, pues, lo que vamos a presentar no es la exposición exhaustiva y técnica de una problemática formalizada en esquemas científicos, sino más bien una perspectiva que sea útil a la hora de formar una opinión o criterio.

El consumo de drogas por parte de adolescentes y jóvenes es desde hace algunos años, preocupante y uno de los más importantes problemas psicológicos. Con el fin de descubrir las motivaciones que inducían a adoptar ese hábito a los jóvenes, se han realizado rigurosos estudios para detectar en diversos sectores y colectivos humanos dichas causas que sirvieran de posibles ayudas terapéuticas.

El consumo de drogas iba unido en la mayoría de los casos al abandono de la

casa paterna y del ambiente social. Asimismo, dejar la escuela o el trabajo, rechazando cualquier tipo de normas sociales. Este proceso se conoce con el nombre de disociación. El proceso de socialización, por el que ha de pasar toda persona perteneciente a una sociedad, no había satisfecho a los jóvenes interrogados, ¿por qué?

La droga no era por sí sola la causa de ese alejamiento de la sociedad, sino el final de un largo camino al que hasta entonces no se había prestado demasiada atención. Entonces, las causas de la dependencia de las drogas son extraordinariamente profundas, por lo que el problema no admite una solución basada en medidas superficiales.

La verdadera cara de las drogas

Cada droga tiene su propio repertorio de inconvenientes. Ahora bien, todas comparten una serie de peligros comunes. A continuación se esbozan los más notables:

- 7 Las drogas crean adicción. Este fenómeno es en sí mismo pernicioso. La adicción priva a quienes las consumen de su libertad de acción.
- 7 Las drogas atacan al cerebro, centro de todas las funciones vitales. Cuando una sustancia provoca una lesión cerebral, se están produciendo alteraciones, a veces, irreversibles, en las funciones orgánicas. Además, cuando una sustancia psicoactiva destruye varios miles de neuronas, la pérdida es definitiva.
- 7 Las drogas hacen que el organismo desarrolle tolerancia. Cuando se introduce una sustancia nociva en el cuerpo humano, éste reacciona intentando eliminarla. Al mismo tiempo, se prepara para tolerarla. Esto hace que el usuario de la droga, para alcanzar los efectos deseados, necesite una dosis cada vez mayor. Lógicamente, el equilibrio orgánico se rompe en el momento en que la dosis es excesiva, y esto produce síntomas muy graves, llegándose a la muerte en ciertos casos.
- 7 Muchas drogas crean una alta dependencia física. Esto significa que el toxicómano que deja de tomar la sustancia o reduce la dosis, sufre el síndrome de abstinencia: dolores intensos de localización variable, temblores, náuseas, sudoración, debilidad general e importantes problemas sociales que vienen a consecuencia de la impaciencia, la intolerancia, y el humor iracundo, agresivo y violento.
- 7 Prácticamente todas las drogas crean dependencia psicológica. El joven habituado necesita la droga para poder seguir funcionando y se siente incapaz de seguir adelante sin ella.
- 7 Las drogas afectan a órganos específicos. El alcohol, por ejemplo, ataca especialmente al hígado y al corazón; el humo y los alquitranes del tabaco dañan los pulmones; los derivados del opio, heroína, morfina, metadona,

afectan considerablemente al cerebro.

7 Las drogas despiertan trastornos mentales latentes y también pueden provocarlos. El manual de DSM-IV de uso psiquiátrico enumera más de 60 cuadros clínicos asociados con el consumo de drogas.

7 Además, hay factores de riesgo asociados. Es el caso del uso de drogas por vía parenteral (UDVP) o intravenosa, que puede transmitir el SIDA. Por ejemplo, en España, las dos terceras partes de los portadores del VIH (virus del SIDA) se contagiaron por causa de las drogas¹.

La droga, una realidad trágica

El fenómeno de las drogas constituye una realidad trágica de nuestro tiempo y la sociedad, el Estado y todas sus entidades nacionales y territoriales y, la Iglesia que, por su parte tienen el deber, la obligación de afrontarlo en todas sus dimensiones, teniendo en cuenta los condicionamientos del mismo. Todos los organismos del Estado, en sus respectivas competencias, deberán actuar partiendo del análisis del problema y dando respuestas según sus características que vienen impuestas por la índole del mismo, así como la exigencia y urgencia de su solución. Nadie puede permanecer al margen de esta trágica situación.

El drogodependiente, la persona afectada por las drogas, constituye una realidad en la sociedad de nuestro tiempo y tiene derecho a que sea considerado, tratado y ayudado de acuerdo con sus exigencias y sus necesidades. La mayor parte de las personas, ante el drogodependiente, se plantean una pregunta y dan una respuesta simplista en la que influye, en gran parte, la falta de una adecuada información. Piensan que la persona afectada por las drogas es un delincuente, es peligroso, contaminante y debe ser alejado del resto de la sociedad por los riesgos que crea. Es imprescindible destruir este esquema, que no sólo es parcial sino equivocado. Hay drogodependientes delincuentes, hay delincuentes drogodependientes y hay, y son la mayoría, drogodependientes que no delinquen nunca. Pero unos y otros, todos tienen derecho a que la sociedad, el Estado, la Iglesia y todas las entidades les ayuden a salir de su situación y no los marginen.

Por otro lado, no podemos identificar la *droga* exclusivamente con sustancias exóticas producidas en tierras lejanas. El consumo de alcohol también es un problema de máxima gravedad. El alcoholismo es una verdadera drogodependencia. Éste constituye a menudo una droga de paso, o alternativa, o complementaria, para el que consume sustancias ilegales.

Además de éste, también el tabaquismo es una drogodependencia, y su prevención sigue siendo un instrumento esencial de promoción de la salud y de educación al respeto por uno mismo, por los demás y por el ambiente.

Los psicofármacos representan una fuente de abuso, en particular entre las mujeres adultas, los ancianos y los adolescentes de ambos sexos. Con un

agravante: que se extiende vertiginosamente, sobre todo entre los adolescentes, el consumo de nuevas drogas de diseño, píldoras de carácter alucinógeno o anfetamínico, sustancias alucinógenas distintas a los opiáceos o a los derivados de la coca, que muchos consideran como una de tantas modas consumistas.

El principio farmacológico de la dependencia física se convierte en el parámetro de referencia, olvidando la dependencia psíquica y los daños que una sustancia puede producir al sistema neurológico.

Los nuevos consumidores suelen ser muy jóvenes, y los lugares y tiempos del consumo están ligados a la imagen de los *viernes sociales* y *las fiebres del sábado en la noche*, pero esto no es todo. El fenómeno reviste gravedad porque en gran parte no lo reconocen como tal ni los consumidores ni sus familias, ni la opinión pública.

Pero también entre los adultos y ancianos, un consumismo exasperado y la ética dominante del placer constituyen las causas de un abuso químico generalizado. La búsqueda de un apoyo farmacológico para sobrellevar cualquier malestar físico o psíquico, por pequeño que sea, no es exclusivo de los jóvenes.

Sería dramático no considerar seriamente estos abusos y no ver las oportunas consecuencias. Tenemos que reeducarnos en el sentido de la salud, empezando por los médicos y los adultos; los jóvenes necesitan encontrar sitios de reunión y diversión, distintos a los lugares "desordenados" a los que están acostumbrados; los adultos y ancianos requieren soluciones alternativas para la alienación que constituye la sobrecarga de trabajo o para la angustia de la soledad.

Es imprescindible regularizar a las drogas y sus consecuencias, considerando el fenómeno como una realidad de nuestro tiempo que tenemos que afrontar y resolver, para tratar a los afectados y a sus familias como personas que, por su situación, pueden exigir un tratamiento especial.

La droga, amenaza de la humanidad

Cuando se debate sobre la epidemia de la toxicomanía que se extiende sobre el mundo occidental, muchos creen que se exagera su gravedad y otros no le dan importancia por considerarse fuera de peligro. Pero el toxicómano puede llegar a ser una amenaza para la sociedad, una tragedia para la familia y una preocupación no menor para el colegio.

Algunos toxicómanos robarán o matarán para conseguir su dosis y esto es peligroso para todos; en cuanto a su gravedad, será necesario tener una visión clara del fenómeno de la drogadicción y establecer toda su amplitud a fin de convencer por medio de una repetición de datos.

En París murieron cuatro jóvenes a consecuencia de una fiesta con drogas, durante la cual se inyectaron sustancias opiáceas. Suecia se debate en el drama de las anfetaminas, según las autoridades, más de diez mil universitarios se infectan por vía intravenosa de 250 a 350 mg al día. A estas dosis, estos

productos resultan todavía más peligrosos que la heroína y, lo más grave es, que para obtener dinero los drogados venden su sangre y ésta con frecuencia está contaminada, originando graves infecciones al utilizarla en transfusiones.

Es Inglaterra, la nación que más sufre junto con España de esta espantosa contaminación. Una encuesta revela que en Crawley New Zow, tranquilo suburbio de Londres, el 8 % de los adolescentes se drogan. Las autoridades no saben qué partido tomar. Cosas similares suceden en Alemania, Francia, Holanda, Estados Unidos, etc.

La droga mata cada vez más. El deterioro de la situación mundial en lo concerniente a la producción ilícita y al uso indebido de drogas, junto a la escalada de la violencia que las acompaña, ha entrado en una fase nueva y peligrosa. Pese a las medidas de contraataque sin precedentes que la *comunidad mundial* ha adoptado, una red entrelazada de organizaciones delictivas, dedicadas al tráfico de drogas, que disponen de dinero y armas en abundancia, se muestra cada vez más asediada y despiadada. Nunca ha sido mayor el peligro de desmoronamiento y parálisis que enfrentan las instituciones políticas y las económicas de algunos países. Tampoco ha sido mayor en ningún momento el peligro que corren en algunos países las propias vidas de dirigentes, juristas, periodistas. Las declaraciones de guerra de los traficantes a un determinado país ponen en peligro la seguridad e integridad de todos los países y, equivale a una guerra contra todas las comunidades internacionales. Éstas deben responder de forma concertada, rápida, más enérgica, más amplia, más inhibitoria. Si las organizaciones de traficantes criminales y, a menudo ligadas a terroristas insurrectos, logran imponerse en la lucha en cualquier país, estarían en peligro todos los países. La guerra, para derrotar estas organizaciones terroristas debe hacerse en todo el mundo.

Como vemos, nos encontramos ante un fenómeno mundial que afecta a todas las naciones del mundo, sin distinción de razas, ideologías, regímenes políticos y sistemas económicos. No hay una sola nación que no sufra con mayor o menor intensidad el fenómeno de las drogas. Por eso, podemos decir que nos encontramos ante una situación que no tiene comparación con ninguna otra actual ni en la historia. Y decimos en la historia porque, es cierto que las drogas están incorporadas al ser humano desde diversas culturas, como medio en los aspectos curativo y religioso. En la actualidad, el fenómeno de las drogas es un fin, ya que hay quienes viven económicamente para satisfacer el deseo de consumir y percibir los efectos de las mismas.

Las drogas *afectan* también a *todas las edades*, e incluso, está comprobado que la fase de iniciación tiene lugar, cada vez más, a edades muy tempranas.

En cuanto *a los sexos*, podemos señalar que el uso y el abuso de las drogas se dan tanto en el varón como en la hembra, aunque en algunos casos se da más en las mujeres, como es el caso de la industria hotelera.

Todas *las clases sociales* sufren las consecuencias de la droga. La antigua opinión de que las drogas sólo se daban en los grupos marginales y en las zonas más pobres ya no es compartida hoy por nadie. Las drogas son usadas, consumidas y se abusa de ellas en todos los grupos sociales.

También, podemos afirmar que se utilizan en todos los sectores económicos, con menor incidencia en el agrario, mayor en la industria y en la construcción, y mucho mayor en el sector de servicios.

La convergencia de una serie de estructuras colectivas ha potenciado el consumo, llegando a constituir un fenómeno epidemiológico común. Éste es el caso de tantos jóvenes conflictivos, simplemente ansiosos de experimentar nuevas sensaciones o influenciados por el grupo de amigos con el que se relacionan; como el de los adultos con una fuerte dependencia del tabaco, alcohol o cafeína, que recurren a la cocaína para mantener el ritmo frenético de su actividad; o el de las amas de casa que han hecho del poder anoréxico de las anfetaminas un elemento indispensable para estar en forma, o de los barbitúricos, la panacea para conciliar el sueño.

La droga, fenómeno social

El fenómeno de la droga está en correlación con la crisis de civilización. El mundo actual vive una profunda crisis de valores, de ideales, de certezas. Se ha afirmado que el ser humano nacido de la modernidad se encuentra en un mundo sin hogar (Berger). La gran crisis de la época actual es tener que vivir a la intemperie y sin suelo nutritivo. La crisis de los valores es un derivado inevitable de esa situación. Los valores morales constituyen percepciones relevantes y comprometedoras dentro del significado que se asigna a la realidad. Si las grandes áreas significativas de la realidad (mundo, hombre, Dios) sufren oscurecimiento en el horizonte humano es normal que aparezca el vacío moral.

Este vacío moral, inherente a la crisis de la actual civilización se manifiesta:

- 7 En el afán solamente "consumista".
- 7 En el deseo de "experimentarlo todo" a cualquier precio.
- 7 En la actitud de protesta "sin sentido preciso".
- 7 En el montaje social "competitivo".
- 7 En la "anomia" como forma ordinaria de vida.

La droga es un indicador privilegiado, causa y efecto, de la crisis de civilización y del correspondiente vacío moral. Anota Juan Pablo II: "Dicen los psicólogos y sociólogos que la primera causa que empuja a los jóvenes y adultos a la perniciosa experiencia de la droga es la falta de claras y convincentes motivaciones de vida. En efecto, la falta de puntos de referencia, el vacío de valores, la convicción de que nada tiene sentido y que, por tanto, no vale la

pena vivir, puede dejar a la búsqueda de huidas exasperadas y desesperadas”².

El problema de la droga es, sobre todo, sociocultural y ético. Así tenemos dos problemas, uno sociopsiquiátrico altamente patológico y otro fenómeno igualmente nuevo, de tipo sociocultural y socioético.

La vida moderna tiene grandes valores positivos, pero existen otros factores relacionados que arrojan un resultado negativo en bastantes ocasiones. La masificación que lleva a cabo la “sociedad de consumo” donde se tiende a fabricar hombres grises, sin personalidad, sin vinculaciones con lo trascendental, dispuestos a ser fácilmente manejados por la gran industria, la automatización, la burocracia, la ordenación social de las grandes urbes, la planificación que cuadricula al hombre en todo, en su trabajo, en su descanso, en la diversión, etc., todo comercializado. El materialismo que emerge de una tendencia al bienestar, entendiendo por bienestar la posibilidad de “consumir” bienes o de utilizar servicios, que jamás pueden ser satisfechos. Una visión positivista, muy de mercado de vida; la soledad, la deshumanización que lleva consigo la colectivización igualitaria; la angustia convertida en fenómeno psicopatológico..., las mil circunstancias de la vida actual que llevan hacia la presencia de un tipo humano carente de ideales, de historia, de personalidad, de arraigo.

La juventud aparece encuadrada en este marco de realidades, paulatinamente va tomando el pulso moral, al mundo que le rodea. Las reacciones son diversas y oscilan entre los polos de la *adaptación y la rebeldía*.

Unos aceptan lo que tienen frente a ellos y tratan de encajar dentro de esta sociedad. Otros buscan una nueva mística, nuevas formas de convivencia, nuevos estilos de vida, algo que no sea hundirse en el pantano de los televisores, automóviles, letras de cambio, etc.

No tratamos de valorar las correspondientes conductas. Dicho más claro, ni nos parecen “borregos” dóciles y cretinos los “adaptados” y sumisos, ni nos resultan heroicos y “prometedores” de un mundo más humano y mejor, los “rebeldes”. En ningún caso son completamente coherentes, hablan de un estilo de vida y viven otro.

La relación entre el fenómeno de la droga y la crisis de la civilización es puesta de relieve de forma acertada por los obispos vascos y de Pamplona en la siguiente descripción valorativa:

No se puede comprender la extensión y la intensidad de la drogadicción juvenil si no se la sitúa en el contexto de la crisis de la civilización padecida por Occidente.

Esta crisis se caracteriza, entre otros rasgos, por la decadencia de ideales como: el religioso, el social y el patriótico, que constituían un horizonte de realización, un estímulo de superación y un cauce de servicio generoso.

Junto a la decadencia de ideales encontramos un oscurecimiento o, al menos, una transmutación de muchos valores motivadores del comportamiento. Familia, trabajo, autoridad, sexualidad, etc., no significan ni valen lo mismo antes y después de la crisis.

Valores e ideales engendran unas pautas de comportamiento coherentes con ellos. El

desfallecimiento de aquéllos comporta progresivamente el hundimiento de éstas.

Esta crisis de civilización ha dejado a una parte de la generación joven despojada por falta de ideales, desmotivada por el oscurecimiento de valores y desorientada por la caída de la normativa. En este relativo desierto espiritual, la juventud siente el vértigo del vacío. Nada tiene sentido; no hay causas nobles que motiven la vida. Entonces el horizonte de futuro se nubla. No queda sino vivir el presente intensamente y deprisa, exprimiéndolo hasta la última gota.

La droga vendría a "llenar" este vacío, a poblarlo y a amueblarlo con otras sensaciones y con otras relaciones. Uno se hace adicto a la droga porque carece de motivaciones fuertes en cualquier dirección. La droga se impone por defecto³.

Si el fenómeno de la droga está en estrecha relación con el vacío se puede conseguir el ideal humano de "vivir sin droga". Para ello se requiere una terapia de moralización global. Es necesario crear una civilización "moralizada", es decir, una sociedad "con tarea, con programa vital", como decía Ortega y Gasset. En un contexto moralizado sería difícil la extensión de la droga: "Una sociedad en la que todos los ciudadanos podamos renunciar a falsas necesidades que nos esclavizan y nos perjudican, constituiría un contexto en el que sería muy difícil la emergencia y la extensión de la toxicomanía"⁴.

El vacío moral de la civilización es el contexto más amplio y el factor envolvente en relación con el fenómeno de la droga.

El mercado de la droga

"Vivir sin droga" es, pues, un lema exigente que desborda la abstinencia de las sustancias reconocidas como tóxicas.

La realidad del mundo de la droga no guarda, de hecho, relación alguna con los sueños de los "hippies" o los ideales de la primera adolescencia. El mercado de la droga es un medio verdaderamente despiadado, cuyo aspecto más sórdido y miserable rara vez es reflejado por las películas o las novelas policíacas.

La pujanza de dicho mercado tiene mucho que ver, naturalmente, con los fantásticos beneficios que pueden obtenerse del tráfico: pocas mercancías tienen tanto valor comercial como la heroína.

Las formas de obtener el *material* son muy diversas, pero casi todas sencillas y al alcance de cualquiera. Algunos barrios o locales públicos frecuentados por gente joven que nació ya en la *despreocupación* o llegó a ella con el *progresismo* desencantado, son centros de abastecimiento teóricamente clandestinos, pero que funcionan normalmente a plena luz aunque de vez en cuando tienen el inconveniente de ser visitados por la policía e, incluso, con alguna redada.

Amistades y conocidos son la fuente más importante de suministro. Las chicas, sobre todo, prefieren utilizar la vía *amistosa* antes que entrar en tratos con el *camello* de turno, que suele aprovecharse de la inexperiencia de los consumidores ocasionales, poco avanzados en regateos o ilegales intercambios.

Los que practican la elaboración artesanal de la droga y se abastecen a base de producción propia son todavía una reducida minoría, cultivadores de cannabis en pequeña escala, que pueden obtener orientación para sus aficiones agrícolas en algunos de los manuales sobre el tema que ya se encuentran en librerías.

El proceso de la drogadicción

Atrayente... engañosa... esclavizante! El gancho de la droga radica en su manera insidiosa de introducirse en nuestras vidas. Quienes fomentan su uso, a fin de que resulte atractiva, la ofrecen en ambientes luminosos, coloridos y sensuales. El sutil engaño consiste en parecer inofensiva y ofrecerse como solución a los problemas psicológicos del adolescente. Y en lugar de placer y liberación suele provocar una dura y espantosa esclavitud, de la que salir no es nada fácil. Algunas de las drogas, aunque admitidas socialmente, e incluso con carácter legal, no son por ello menos adictivas ni menos nocivas. Otras son productos farmacéuticos, que, empleados bajo control médico, resultan beneficiosos, pero usadas de forma inadecuada, son igual de nocivas que todas las demás drogas.

El primer "porro" puede ser un esnobismo, o una curiosidad, o un capricho tonto. Pero a partir de ese primer esnobismo empiezan ya a funcionar otros factores y mecanismos y ahí está precisamente el peligro. Factores como: "El deseo de huida", "la falta de grandes ilusiones", el "paso de todo, y no me comprometo a nada", la "sensación de fracaso", el "haberse metido en el rollo" y "el mundo de los drogadictos".

El fumar el primer porro puede llevar al adolescente o al joven a drogas más fuertes, más peligrosas, destructoras de la personalidad y a veces de la vida. El *porro* puede ser y es la mayoría de las veces antesala al drogadicto, que se lanza desesperadamente y por necesidad psicológica y física a "drogas mayores como el hachís, la grifa o el LSD".

El individuo que acude a la droga como paliativo o sustitutivo de ciertas carencias, o para aliviar algunas dificultades, comprueba que una dosis mínima de cualquier droga le produce una gratificación sensible y suficiente. Pero al surgir el factor tolerancia, esa gratificación es menor cada vez; de ahí la necesidad de aumentar la dosis o buscar otras drogas o derivaciones con mayores efectos. Por ejemplo, dentro del cáñamo índico, si se empieza con grifa o marihuana, pronto se pasa al hachís. Esto les ocurre a una mayoría. Pero también hay algunas personas que consumen drogas dentro de unos límites tolerables y sin aumentar la dosis. De hecho su personalidad queda resentida, pero no llegan a drogas más fuertes y se ajustan a unas dosis limitadas. Eso lo consiguen más los adultos que los menores.

No olvidemos que la fármacodependencia no es sino una consecuencia de unas carencias afectivas subyacentes en la personalidad del adicto; el uso constante de las drogas puede llevarlos a una despersonalización y a una inmadurez permanente.

Con el consumo de drogas, los jóvenes tratan de obtener cambios de conciencia, producirse sensaciones placenteras bloqueando estímulos desagradables, conocer nuevas experiencias como protesta a una sociedad que se les muestra fría, calculadora y dura. Constituye la expresión de la tensión

juvenil que detesta la adaptación psicológica. En la mayoría de ocasiones es un estado pasajero, aunque a veces puede ser permanente. Es un ritual, una moda, la satisfacción de un deseo prohibido, inducido por la presión del grupo, para resolver problemas afectivos, lograr dormir, descansar, obtener independencia desarrollándose todo en un contexto psicosociológico, patológico o inmaduro.

Influyen en la iniciación y aprendizaje del consumo de drogas factores sociológicos como: medio sociocultural bajo, promiscuidad, desempleo, marginación, familias desunidas, hogares destruidos, padres autoritarios o excesivamente permisivos. Carencia de sustitutos a la crisis de valores. Escasa información objetiva y científica. Jóvenes sin personalidad, tímidos, imitadores, influenciados por psicópatas, oligofrénicos; clase social alta, vida sin problemas, pero aburridos y por ello buscan nuevas experiencias, factores derivados del contagio turístico, contacto con extranjeros o viajes a África, Nepal, India, etc... El denominador común es la integración en grupos de marginados como signo de rebeldía o de protesta.

Motivos que inducen al adolescente a tomar droga

Los jóvenes antes de ser toxicómanos, han experimentado precozmente ciertas dificultades sociales y psicológicas, y la droga puede haberles parecido una solución. Pero sería completamente exagerado hacer responsable a la droga de todos los hechos de carácter marginal o antisocial.

La pérdida de unos referentes sólidos, en lo que se refiere a modelos de comportamiento y objetivos vitales primordiales, hace que muchos jóvenes, y también adultos, se encuentren profundamente desorientados y sin criterio propio ante las drogas.

En un momento determinado, difícil o simplemente circunstancial, no existen para ellos argumentos éticos que frenen la posibilidad de comenzar a consumir estas sustancias. A partir de entonces el consumo puede comenzar a ser habitual hasta que se establezca la dependencia.

Los jóvenes que pueden estar en riesgo de tener su primer contacto con la droga deben saber que:

7 El disfrutar y la felicidad son una consecuencia y no un fin.

7 El esfuerzo y el ejercicio de actividades placenteras (culturales, deportivas, etc.), pasan por un período de aprendizaje y de adquisición de habilidades, que no produce placer fácil sino todo lo contrario, esfuerzo.

De todas formas para llegar al consumo de drogas, deben aparecer tres circunstancias decisivas:

7 Insuficiencia educativa que predispone a tomar drogas.

7 Una crisis.

7 Proposición para tomar drogas en el momento determinado.

Los motivos principales son:

1. La crisis de convivencia familiar, conflictos, escasa comunicación 60,6 %.
2. La pérdida de seguridad de cara al futuro y la falta de perspectivas 59,3 %.
3. La pérdida de credibilidad de algunos valores e ideales no sustituidos por otros 58,6 %.
4. La tendencia a resolver farmacológicamente problemas y conflictos 57,1%.
5. Los modelos de consumo inducidos por la sociedad 50,1 %.
6. Las incoherencias de los adultos y los valores contradictorios en la sociedad 48,4 %.
7. La pérdida de función de la familia, que cada día no es capaz de hacer el papel de guía 43,8%.
8. Experiencias personales negativas 33,4 %.
9. El bienestar económico y la despersonalización 22,3 %.
10. Una educación demasiado permisiva 16,4%.
11. Otras causas 28,5%.

Como conclusión podemos afirmar que la inadaptación personal puede llevar al abuso de drogas, las bases son siempre las mismas: trastornos familiares, escolares y condiciones de marginación. Todo ello conduce a una pérdida de oportunidades en la vida.

El auge de las drogas fuertes entre los adolescentes es un fenómeno fácil de detectar, responde, sin duda a la política de mercado que aplican quienes desde la sombra mueven los hilos del tráfico internacional de drogas.

La captación de los clientes más jóvenes, a base del típico ofrecimiento de una muestra/regalo del producto, heroína normalmente, es una táctica de *marketing* que no falla. Los informes y reportajes sobre este tipo de práctica que se da en las puertas de colegios e institutos, en competencia desleal con la venta de helados y otras golosinas infantiles, no son un invento, aunque a veces tengan tono sensacionalista, sino una realidad que cualquier observador puede evidenciar, aunque este sistema va en desuso.

¿Cómo prevenir ese proceso?

7 Previene contra la drogodependencia: una buena formación ética y personal que incluya los valores de tipo espiritual, al aportar criterios y finalidades en los que el consumo de drogas queda excluido. Por ejemplo, el afán de perfeccionamiento personal, a través de la cultura, el estudio, el trabajo, las relaciones humanas, o en su caso, la vida espiritual, señala rumbos opuestos al camino de las drogodependencias.

7 Previene contra la dependencia de las drogas: el desarrollo de la constancia en el esfuerzo personal. La voluntad y la paciencia contrasta con los rasgos

de inmadurez, a través de lo que las drogas llevan a la dependencia; deseo inmediato de placer, inconstancia, pérdida de voluntad y falta de objetivos reales basados en una labor personal.

- 7 Previene contra la dependencia de las drogas también: el espíritu propio del deportista. Fortalece estos valores, al servir de aprendizaje en la utilización del entrenamiento y del esfuerzo personal como un modo de lograr la propia superación en ese terreno.

Un planteamiento de la vida solidaria, con criterios sociales o espirituales, previene del hedonismo egoísta e individualista (volcado hacia el propio yo), típico de las toxicomanías. Además, esto supone una mayor integración y unos intereses sociales que son incompatibles con el trastorno antisocial de la personalidad, que tanto favorece el sendero de la drogadicción.

Marginación, delincuencia y droga

Marginación, delincuencia y droga son en nuestra sociedad fenómenos claramente diferenciados pero que están relacionados, porque entre los tres hay líneas de causalidad que en ocasiones se cruzan y refuerzan recíprocamente. Y es posible que esto sea cierto, si se analizan tales fenómenos con respecto a la población juvenil.

A veces, la droga es una respuesta ante la marginación, producida por la sociedad de consumo. El uso habitual es una respuesta evasiva de los jóvenes que se sienten relegados. La drogadicción funciona como una variable dependiente del fenómeno de la marginación, una respuesta que es en algún sentido una ruptura, un rechazo y también hasta cierto punto, la búsqueda de un ámbito de convivencia alternativo en que se aspiraba a encontrar la integración, que ha fracasado en el plano de la sociedad global.

En la sociedad en la cual convivimos, hay muchas formas de discriminación, y una de las más graves es la de las personas afectadas por el consumo de drogas. Son los propios consumidores los que se automarginan y somos después todos los que contribuimos a ello. Sin embargo, lo peor es lo que ocurre con los que se deciden a dar el paso decisivo de reencontrarse y rehacer su vida. Tienen que luchar consigo mismos y, aún más terrible, con una sociedad que no sólo no les ayuda, sino que crea toda clase de obstáculos. Tenemos que ayudarlos y vencer el miedo. Entre todos podemos lograrlo y, frente a la nueva legalidad, pongamos por delante la justicia y la solidaridad.

La drogadicción puede aparecer en individuos que ya observan una conducta distinta de la socialmente aceptada, por diferentes circunstancias. Es la situación de los delincuentes que llegan a consumir droga de forma abusiva porque ello es una pauta propia de la subcultura criminal en la medida que es algo prohibido y proporciona dentro de ésta cierto prestigio.

Está muy divulgado el tópico del toxicómano-delincuente, y es a veces una

figura real, pero conviene advertir que más frecuente es el tipo inverso del delincuente-toxicómano, de aquel que por serlo, consume drogas de forma abusiva y llega a ser drogodependiente. Cuando esto ocurre, la droga generalmente se convierte en un nuevo factor de criminalidad, que se incorpora a los que ya estuvieran actuando, en un nuevo estímulo para delinquir; pero el factor originario habría que buscarlo en la primitiva conducta criminal. Pues bien, esa línea de causalidad que va desde la delincuencia a la drogadicción no en sentido contrario, es singularmente perceptible en los jóvenes.

Ésta es la razón de que sea tan alto el porcentaje de toxicómanos en las cárceles y el hecho de que su futuro haya que pensarlo por desgracia, con la droga. Replantear a mi juicio la asistencia y el acompañamiento que debemos hacer con ellos en la cárcel es un deber elemental. Muchos han renunciado a ser personas, han dejado de luchar y no tienen esperanza de salir de esa situación. Están viviendo una luna de miel con la droga.

Por eso se abren varias instancias de trabajo: la prevención, el tratamiento y la rehabilitación. Tratamientos en los centros penitenciarios y hospitalarios. Estos centros deben abrir horizontes esperanzadores a los toxicómanos. Centros de educación para la vida, centros como rutas de esperanza que reafirmen la razón de vivir con estilo y dignidad. Centros que devuelvan el sentido de la existencia a los que allí van.

Decálogo de la droga

1. Para afrontar la droga no sirve ni el estéril alarmismo ni el apresurado simplismo. En cambio, vale el esfuerzo de conocer al individuo y comprender su mundo interior.
2. Para desafiar la droga es necesario ayudar al individuo a que haga resucitar y crecer, como sujeto activo, los recursos personales, que la droga había sepultado, mediante una confiada reactivación de los mecanismos de la voluntad, orientada hacia ideales seguros y nobles.
3. Hoy el flagelo de la droga hace estragos de forma cruel y en dimensiones impresionantes, que sobrepasan confines de naciones y de continentes.
4. "Es indispensable movilizar la opinión pública por medio de una clara y precisa información, sobre la naturaleza de la droga y sobre sus consecuencias verdaderas y mortales", Pablo VI.
5. Se trata de favorecer una nueva mentalidad, que sea esencialmente positiva, inspirada en los grandes valores de la vida y del ser humano.
6. La lucha contra la droga es un grave deber, ligado con el ejercicio de las responsabilidades públicas.
7. La droga no se vence con la droga. La droga es un mal, y al mal no le van bien las cesiones.
8. Son necesarias disposiciones severas que acobarden ya de partida al infame

tráfico, y, a la vez, otras disposiciones destinadas a la recuperación de quien haya quedado envuelto en la dolorosa esclavitud.

9. La legalización de la droga, incluso parcial, además de ser, por lo menos, discutible con relación a la ley, no produce los efectos que se habían prefijado. Lo confirma una experiencia que ya es común.
10. La convicción serena de la inmortalidad del alma, de la futura resurrección de los cuerpos, es el método más seguro también para prevenir el terrible mal de la droga, para curar y rehabilitar a sus pobres víctimas⁵.

¹ MELGOSA, J. *Para adolescentes y padres*. Safeliz, Madrid, 1997, p. 128.

² L'OSSERVATORE ROMANO, 21 de septiembre de 1980.

³ *El oscuro mundo de la droga juvenil*, III, 3.

⁴ *Ibid.*, V. 3.l.

⁵ L'OSSERVATORE ROMANO. *Al congreso mundial de las comunidades terapéuticas*. 9 de diciembre de 1984.

El drogadicto

Nuestro mayor triunfo no está en el hecho
de no caernos nunca,
sino en el de levantarnos siempre.

CONFUCIO

El protagonista del problema

La droga no es el problema principal del drogadicto. El consumo de droga es solamente una respuesta engañosa a la falta de sentido positivo de la vida. En el centro de la toxicodependencia se encuentra el ser humano, sujeto único e irrepetible, con su interioridad y personalidad específica.

La clave consiste en afrontar la cuestión de parte del hombre y no de las sustancias, de parte del ser y no del tener. La perspectiva elegida condiciona cada uno de los aspectos del problema: la prevención, la rehabilitación, la información, los posibles suministros controlados de estupefacientes, las estrategias para reducir la producción de los mismos.

La experiencia ha demostrado ampliamente que la drogodependencia es un problema pedagógico y social antes que de salud pública y judicial, y como tal se ha de afrontar: sin fórmulas rígidamente preestablecidas, sin represiones indiscriminadas ni excesivas permisividades, pero prestando mucha atención al sufrimiento de cada persona y de su familia.

Si no se tienen en cuenta todas las razones psicológicas, sociales, económicas, políticas y culturales que están en el origen de la drogadicción, no se puede captar la complejidad del fenómeno. Contemplar a la persona en su integridad y en sus infinitas posibilidades de rescate y de riqueza interior, en clave preventiva y de rehabilitación, resulta ser la única estrategia que permite hacer continuas opciones en función del amor a la vida. Hay que partir de estos principios para orientar cualquier acción contra la problemática juvenil y sus consecuencias.

No todos entienden cómo es que hay personas, a menudo muy jóvenes, que deciden entregarse al consumo de unas sustancias que además de alterar la salud física y mental, también afectan la capacidad de alcanzar una vida mejor. Las soluciones que se proponen van, pues, del intento por minimizar este mal oscuro a la petición de drásticas intervenciones represivas hacia el que trafica con droga o la consume.

Se levantan voces, cada vez con más frecuencia, que reclaman que alguien limpie el camino de la sociedad de la droga como sea, cueste lo que cueste y lo antes posible. En los últimos años se ha pedido una solución a las fuerzas del orden, y las cárceles se han abarrotado de personas que consumen drogas,

personas para las que la pena no puede ser evidentemente reeducativa, como quisiera la Constitución de los países.

También se ha intentado, y se sigue haciendo, quitar la droga de la calle mediante el suministro controlado de otras drogas; pero ni siquiera la morfina y la metadona pueden hacer demasiado. Los fármacos no son más que parches. Para llevar a cabo una eficaz estrategia de rehabilitación y prevención, hay que centrar la atención en el protagonista de este drama de los tiempos modernos: la persona en dificultad.

El drogadicto se aparta de la vida para viajar sólo consigo mismo. No se le pueden ofrecer billetes para que continúe en solitario un recorrido sin retorno. Por lo tanto, la libre distribución de sustancias estupefacientes, o iniciativas parecidas que mantengan a la persona en su drogodependencia, representan un grave riesgo. Entre estas iniciativas está la de "reducir el daño":

Un Estado que quisiera distribuir otras drogas, además de las que ya están legalizadas, contribuiría a la destrucción de muchas personas, y además sería sobrepasado por los mercados ilícitos con nuevas sustancias y nuevos consumidores que estarían abocados a la clandestinidad. Y por último perdería credibilidad y demostraría que la suerte de los más débiles les importa muy poco⁶.

El objetivo común debe ser el de sacar a la persona de la dependencia; la reducción del daño es un instrumento, un medio, no un fin.

La adolescencia y las drogas

La adolescencia y la primera juventud son las épocas de la vida en que mayor influjo tienen los amigos sobre la persona. Este período también coincide con la iniciación en el consumo de alcohol o de otras drogas.

También es la época de las crisis de todo tipo, la idea absorbente en esta etapa es la de independencia. En este deseo de autoafirmación se rebela contra todo lo instituido. Solamente acepta aquello que tenga una procedencia juvenil ajena al mundo adulto. Así aparece la adolescencia como una zona indefinida y conflictiva.

Las carencias éticas en el fenómeno de la droga no provienen únicamente de la crisis de civilización, de la estructura social y de las instituciones. Tienen también su origen en la libertad de la persona. Hemos de tener coraje de decir a los mismos drogadictos que también ellos son responsables de su condición. Exceptuados algunos casos patológicos, los drogadictos "no son pura ni primordialmente víctimas de la sociedad ni personalidades patológicas con sensibles trastornos que les priven de libertad. Son, a lo sumo, jóvenes probados por la vida o que quieren probarla por vías arriesgadas y perjudiciales. Es suya la elección de drogarse.

¿Qué papel pueden desempeñar las drogas en esta etapa?

1. Le podemos asignar una función simbólica de agresividad, de abierto desafío a la sociedad adulta. El hecho de que las drogas constituyan una

cuestión censurada, algo que el orden social tiene prohibido, declarando ilegal su tráfico, persiguiendo a los toxicómanos y calificándolos de viciosos o de "delincuentes", todo ello es un simbolismo de esa normativa.

2. Además tiene un sesgo de aventura que atrae y sugiere al adolescente, que le da una difusa aureola de misterio. Poder acceder al uso de la droga equivale a tener que atravesar una emocionante barrera de dificultades y en definitiva a protagonizar una hazaña.
3. Por otra parte, aparece como moda, rodeada de un exotismo, una teatralidad, usados por los ídolos, como algo exclusivo de la subcultura juvenil.
4. Lo margina de la problemática que lo agobia. De un lado, el deseo de libertad y por otro, el temor a ella, la situación angustiosa que se genera temporalmente puede ser combatida mediante el consumo de alguna droga, y el joven no vacila en utilizar este medio, si está a su alcance.

Es así como un joven puede convertirse en drogadicto. En muchos casos el consumo se inicia en grupo, a partir de algún miembro que propone la idea a los demás.

En función de los resultados obtenidos, es frecuente que la experiencia se vaya repitiendo sucesivamente, como un modo de diversión o de introducir novedades en los planes del grupo. El consumo puede ir haciéndose habitual, frecuentemente dentro de una "escalada" en la que se van probando drogas más fuertes, a la vez que se establece una cierta dependencia, hasta que en algunos o en todos los miembros del grupo aparece definitivamente la drogadicción.

Es importante evitar que los jóvenes se integren dentro de estos grupos, a veces marginados o en corrientes contraculturales, en los que el consumo de drogas está aceptado, incluso, extendido por ellos, a la vez que se minimizan sus efectos y consecuencias perjudiciales, ya que constituye una vía sumamente fácil hacia las dependencias de la droga.

Tanto más, si tenemos presente que dentro de los mismos, al joven le resulta difícil rechazar la oferta de drogarse junto con los demás, ya que esto suele implicar la no aceptación de las costumbres de ese grupo y, por lo tanto, su exclusión más o menos definitiva.

Dada la particular costumbre de consumir estas drogas en grupo y de excluir a las personas que no participan plenamente de estas experiencias, muchos jóvenes se van a ver inducidos al consumo de drogas por diversos motivos:

- 7 Algunos, los más inseguros, por evitar "salir de tono" en un momento determinado.
- 7 Otros, los más aislados, por no perder el único grupo de jóvenes con el que han contactado o por no quedar excluidos de éste, que tal vez sea en otras

facetas su predilecto.

7 Con poca fuerza de voluntad, o simplemente, sin criterio propio en lo que se refiere a las drogas, otros van a aceptar con naturalidad la situación en la que se ven inmersos.

La droga es signo cualificado de la desintegración personal e interpersonal. El consumo de drogas, con las secuelas de la dependencia, de la evasión, de la anomia, atenta contra los valores éticos más básicos: el de la "personalización", y el de la "comunicación humana". De este modo, las muchas e importantes carencias éticas del contexto personal e interpersonal se suman al caudaloso río de las carencias éticas provenientes de la civilización, de la sociedad y de las instituciones.

Como conclusión de estas reflexiones quiero abrir la consideración ética hacia el horizonte de la esperanza. Frente a la droga la esperanza que no desfallece nunca, y una ayuda que pasando por encima de los síntomas, llega al centro mismo del drogadicto, no se limita a eliminar los sufrimientos sino que propone nuevos estilos de vida y nuevas escalas de valores, que es el camino de la salvación.

Así me hice "drogadicto"

"Al principio fue un desafío, quizá como la primera vez que fumé un cigarrillo común. Mis amigos estaban en 'ésa', y yo accedí para probar. Poco a poco, la cosa se fue convirtiendo en una necesidad, y más tarde en un vicio. No puedo decir lo que experimentaba con exactitud, pero la posibilidad de apartarme de todos los problemas que existían en casa, y también fuera de ella, fue el motivo principal por el cual defendía mi adicción. Era ver que ocurrían cosas, pero éstas no me importaban en absoluto. Lo único que me interesaba era obtener dinero para conseguir más. Primero fue *marihuana*, después las *anfetaminas* y más tarde llegué al LSD.

Muchas veces le saqué dinero a mi madre sin su consentimiento, para comprar algún "cigarrillo", otras vendía cosas o las empeñaba para obtener más dinero, era una cadena que parecía no tener fin. Mis estudios se interrumpieron, apenas podía relacionarme con la gente, razón por la cual mis verdaderos amigos, al intentar *disuadirme y no conseguirlo*, se alejaron de mi lado. Hice nuevas "amistades" en un grupo que parecía entender mi actitud. Todos hacíamos lo mismo. *Todos buscábamos la "droga"*. Pero con el tiempo, también me separé de ellos. Me convertí en un solitario que vagaba de un lado a otro, sin objetivo fijo y con una gran obsesión: *conseguir más droga*. Mi madre se dio cuenta de mi cambio y mi hundimiento, aunque desconocía la verdadera razón. Trató hasta lo imposible de buscar la causa y ayudarme, pero yo la veía muy lejos de mí y no le hacía ningún caso. Hacía un tiempo que no vivía en casa y las visitas se hicieron cada vez más esporádicas por miedo a que me descubriera. Sólo iba

cuando necesitaba dinero...

De esta forma, tal vez con algunas diferencias, comienzan la historia de los que, por una u otra razón conocen el infierno de la drogadicción. Algunos salen airoso después de grandes esfuerzos, acompañados por la supervisión de profesionales que dirigen los centros de rehabilitación; otros no son tan afortunados y continúan inmersos en un remolino que los conduce, en la mayoría de los casos, a la delincuencia en sus niveles más bajos⁷.

Significado de la drogadicción juvenil

La drogadicción juvenil es un fenómeno social no sólo por su extensión y por la complicidad de la sociedad entera en su génesis y desarrollo, sino también porque es un síntoma clamoroso que revela la enfermedad de nuestra sociedad, las contradicciones por las que está surcada, sus carencias y sus crisis.

Atracción

Hay una cierta atracción cuyo origen puede obedecer a múltiples causas, entre las que se encuentran: un deseo innato de autodestrucción latente en el subconsciente del joven, que sigue la atracción de las drogas como algo prohibido que conduce a vivir en disconformidad y rebeldía contra la protección a menudo excesiva que ha encontrado en el hogar paterno. Su aparente masoquismo es, en realidad, el reflejo de la agresividad de su rebeldía juvenil vuelta contra sí mismo.

Satisfacción inmediata

El drogadicto busca el placer en la droga con un deseo a veces voraz que lo impulsa a su consecución. El sujeto se ve abocado a vivir la tensión entre un deseo cada vez más insaciable y una insatisfacción crónica cada vez menos tolerable.

Un deseo así elaborado está preparado para que llegado el momento de la satisfacción, ésta produzca un gozo y un bienestar de más alta calidad. Cuando la satisfacción es inmediata, el deseo imperioso y exigente, no se saborea pausadamente.

El recurso a la droga sería la expresión de un deseo que satisface, que no sabe esperar, ni sabe hablar y conseguir su propio objeto. La droga se lo proporciona de inmediato, pero irrealmente y por un momento.

Tras el éxtasis que agota el organismo y el psiquismo, viene el decaimiento y el hastío, y muy pronto el sujeto se verá de nuevo remitido a la desnudez de un deseo siempre emergente y siempre insatisfecho.

La evasión a un mundo ilusorio

El sujeto intenta negar la realidad y huir hacia la construcción imaginaria de "un mundo feliz". La droga es el vehículo apto para este viaje imaginario. Ella sume al adicto en una placidez que borra los contornos de la realidad, en la que

las cosas son percibidas de forma imaginaria como deberían ser idealmente. Al menos crea en él un estado físico y anímico de agrado o de quietud que lo inmuniza de momento ante la crudeza de lo cotidiano. Esta crudeza reaparece inexorablemente al término del corto "viaje" emprendido. Entonces no queda sino una doble alternativa: reconciliarse prácticamente con las cosas como son o seguir "viajando" ininterrumpidamente. El toxicómano escoge la segunda.

El mundo real, aunque objetado ilusoriamente, sigue siendo para el adicto algo temido y odiado. Su objetivo máximo es no encontrarse nunca con él tal cual es. Y para ello necesita de la droga. Ésta se convierte así en el ídolo de su vida, empieza a girar en torno a la droga. Todo queda sacrificado en aras de este nuevo "dios" a su servicio. La vida sin droga es para él algo gris y sin sentido. Nada vale, salvo esta sustancia divinizada. La familia, los amigos de toda la vida, serán utilizados siempre y cuando favorezcan el contacto con la droga. Los ideales y la conciencia moral van extinguiéndose poco a poco hasta el naufragio total. Vivir acaba equivaliendo a drogarse. Éste es el mundo, desolado y desolador, hacia el que caminan muchos drogadictos.

Infancia mental

No olvidemos que la fármacodependencia no es sino la consecuencia de unas carencias efectivas subyacentes en la personalidad del adicto que le imposibilitan el desarrollo natural de las mismas. Los toxicómanos se ven a sí relegados a una *infancia mental permanente* de la que el uso continuado de las drogas les impide salir.

Así, sin darse cuenta, se produce un vacío existencial, un "sinsentido" de la vida. Una evasión de la realidad, una actitud de escapismo, de descompromiso y temor a la responsabilización.

Despersonalización y aniquilación de la voluntad

El resultado inmediato de esta situación será una *despersonalización* en el adicto que lo conducirá a una *parálisis* en el proceso de madurez mental en el joven o adolescente cuya personalidad no está suficientemente formada. Ante esta problemática, éste se refugiará en el mundo de la droga como única salida capaz de ofrecerle satisfacciones inmediatas.

En el fondo el drogadicto ha destruido lo más noble de su personalidad, su fuerza de voluntad, ha aniquilado su capacidad de tomar decisiones inteligentes y generosas, ahora sin voluntad, sin ideales y sin valores, se convierte en un ser sin horizontes, que vegeta, que vive a nivel biológico. Se ha convertido en un esclavo y ha traumatizado toda su vida. La droga ha hecho profundos estragos en la existencia de los toxicómanos.

Actitud de impotencia e inseguridad

Se droga para escapar del aburrimiento de la vida diaria, olvidándose del mundo actual, sus horrores e injusticias. Su actitud es de desencanto, protesta,

impotencia ante un estado de cosas de las que no se siente culpable. Es un medio de fugarse de la triste realidad, pero es un modo equivocado e ilusorio. Es una vida que no conduce a ninguna parte o más bien a una sola, a la degeneración y a la muerte.

Todo ello lleva implícito: una falta de *seguridad* en sí mismos (es la droga la que les da seguridad y sin ella el adicto no es nada); un desequilibrio emocional persistente acompañado de bruscas alteraciones de humor; y un temor o repulsa a todo cuanto implique responsabilidad o esfuerzo, lo que los lleva a una actitud pasiva y escapista generadora de una fuerte compulsión psicológica por las drogas que los induce a consumir cualquier estupefaciente que tenga más a mano en cuanto se presente el más mínimo problema.

La mayoría de autores coinciden en que la personalidad del toxicómano adolece de una insuficiencia profunda para adaptarse al medio externo en que se desenvuelve su vida. Es el camino de un deseo de autovaloración insatisfecho, origen de numerosas frustraciones, por lo que el drogadicto se refugia en la droga a fin de encontrar en ella la *gratificación* necesaria que lo haga cesar en este estado de frustración.

Son incapaces de resistir la más mínima contrariedad o insatisfacción en sus deseos, por lo que requieren de una satisfacción inmediata, que sólo podrán encontrar en las drogas.

La carrera de la droga es para huir de problemas personales como la timidez, soledad, frustración y sensación de fracaso. Pero este mimetismo a veces angustia, los impulsa a desarrollar un proselitismo acerca de la misma. El toxicómano es un "apóstol de las drogas", es el iniciador de una cadena que se expande sobre sus amigos, compañeros de estudio o trabajo para atraerlos a su vicio.

Los engaños y confusiones del drogadicto

Al drogadicto no le queda otra cosa sino desesperarse por estar ahogándose en el *inmenso mar de infelicidad que no termina*. Sería preciso que los adolescentes que se sienten tentados a consumir drogas se convencieran de esta verdad que no es una afirmación gratuita, sino una constante que evidencian todos aquellos que intentan salvar a los toxicómanos.

No se ingresa impunemente al mundo de las drogas. La mayoría de las veces el primer paso prepara ese estado de infelicidad que condena al toxicómano a la mayor de las miserias: la *miseria que no termina...*

Ciertamente no podemos olvidar que el adolescente no es un ser aislado, como si su vida dependiera solamente de él. *Es un adolescente frente a los otros; como todo ser humano es, por esencia, un yo frente a los otros*. Por lo tanto, deberá absorber el choque de todos los que lo rodean: sociedad, padres, escuela, amigos, etc.

Pero tampoco debe atribuir a los demás sus opciones erróneas y responsabilizarlos por las tonterías que comete. Cualquiera que sea el peso de las influencias que tenga que soportar, es a él y a nadie más que a él, a quien le corresponde decidir lo que hará de su existencia y escoger las vías que le parecen mejores.

En el tema de las drogas, los razonamientos del adolescente son definidos. Por intuición, sabe que éstas son nocivas y peligrosas. Pero, cuando a pesar de todo, quiere vivir las experiencias que las drogas proporcionan, se encierra en una agresividad que lo lleva a culpar a los chivos expiatorios que escoge: el mundo; sus padres, que dificultan su vida; sus amigos, que a pesar de que él no quiere lo empujan hacia el abismo.

Primeramente dicen que el mundo les está vedado. Alegan que en él no hay lugar para ellos, pues en ese mundo competitivo los estudios son inútiles, ya que el campo del trabajo está saturado, los conflictos apocalípticos se multiplican quitándoles la esperanza. No existiendo lugar para ellos, sólo les resta vivir el momento presente y reducir toda la vida a ese único momento. El mundo tiene la culpa por todo lo que ellos hacen. Si se drogan, lo hacen simplemente por lo que éste es: el lugar del absurdo.

Al mismo tiempo que acusa a la sociedad, el adolescente también señala a los *padres*, culpándolos de toda la responsabilidad que debería ser suya, pero que se niega a asumir. Los acusa de ser indiferentes respecto al hijo; los acusa de no amarse como debieran; de matar el amor en la rutina; de ser infieles uno al otro; de dejar que se desmorone el hogar. Asegura que se adhirió a las drogas para escapar a esa dura realidad, y que si estuviera solo no lo habría hecho.

En un tercer momento enjuicia a sus *amigos*. Ellos estuvieron al comienzo de su iniciación. Hicieron tanta presión que fue imposible resistirse. A esa coacción hay que agregarle la seducción, que le hizo creer en un paraíso que no era más que una ilusión, y ellos lo sabían muy bien. A cada paso lo rodeaban y le impusieron la marihuana como primera condición para unirse al grupo. Es por todo esto que ellos son culpables.

Pero todos estos razonamientos y muchos otros que pueda agregar el adolescente, dando rienda suelta a su imaginación, solamente disimulan la verdad, su verdad, que cuando se la pone al desnudo es muy simple: él mismo eligió entrar en el círculo de la droga, y lo hizo por decisión personal y autónoma.

En resumen, es necesario repetir a los jóvenes que es inútil multiplicar las explicaciones. La realidad es muy nítida: aquel que se droga, desde un comienzo lo hace deliberadamente y porque quiere. La decisión no es imputable a nadie que no sea él mismo, y no puede ser atribuida a cualquiera.

El hombre, incluso el adolescente, es señor de su destino. Se convierte en lo que él eligió. A él le corresponde escoger: drogarse, si lo prefiere.

Adolescente, amigo mío, yo soy la droga

La que ha venido destruyendo la vida de muchos adolescentes y jóvenes, la que al principio te hago vivir fuera de este mundo lleno de problemas, pero al transcurrir el tiempo comienzo a hacerte falta. Yo soy la droga, la que ha venido destruyendo el mundo entero, no me importa que seas pobre o rico, torpe o listo te vengo siguiendo. Después que me pruebas eres mío para el resto de tu vida.

¿Recuerdas cuándo empezaste?

Estabas triste, te sentías solo, y yo te ofrecí la felicidad, y ahora te tengo, eres mío, hago contigo lo que quiero y me da la gana, te levanto por la mañana y te hago pensar en mí; aunque tú no quieras, soy tu ama, eres mi esclavo, te hago caminar como un muñeco, mía es tu voluntad, destruyo tu vida física, moral y espiritual.

Soy la que destruyó tu hogar, la que robó el amar a tus padres.

Te alejé de la escuela y de tus buenos amigos.

Soy la que te ha llevado hasta la esclavitud, a la prisión, he hecho de ti un gusano, te tengo encorvado, de mí estás enamorado, no hay nada en la tierra que pueda romper nuestro amor, trataste de olvidarme y fue inútil.

¿Por qué el adolescente cae en la drogadicción?

¿Cuáles son los mecanismos psicológicos de la adicción?

¿Por qué el drogadicto persiste en su conducta?

He aquí las tres posibles explicaciones:

1. *Teoría de la evitación del síndrome de abstinencia.* El joven prueba la droga por curiosidad o por presión de los amigos. Después de consumirla varias veces, su organismo adquiere tolerancia. Esto indica que, para obtener los mismos efectos, necesita administrarse una dosis un poco mayor a la anterior. Si la dosis no llega, aparecen los síntomas propios de la abstinencia (en lenguaje vulgar: el "mono"), que son muy desagradables. Esta teoría explica que el joven muestra conductas adictivas porque quiere evitar el dolor y la incomodidad de estos síntomas.

Ejemplo: el heroinómano ha adquirido tolerancia. Por tanto, va a llegar el momento en que su organismo le pida una dosis. La forma de pedirla será a través de sudores, diarrea, fiebre, hipertensión y otros síntomas desagradables. Consecuentemente, el heroinómano hace lo posible por conseguir una dosis y evitar los síntomas.

2. *Teoría apetitiva.* El joven se inicia en la droga porque busca el placer que ésta proporciona. La recompensa viene cuando siente los efectos ansiados de la sustancia. El deseo por continuar en este estado o por volver a experimentar placer es lo que impulsa al adicto a buscar más droga y permanecer en el ciclo de la adicción.

Ejemplo: el fumador de "porros" conoce los efectos del hachís o marihuana; lo hace sentirse más sociable y más relajado, a la vez que le produce un cierto bienestar. Aun conociendo los inconvenientes, fuma por conseguir ese estado deseable.

3. *Teoría del hábito.* El joven toma la droga porque se la ofrecen o porque siente una curiosidad inicial. Por constante uso, adquiere el hábito o la costumbre de consumirla. Las conexiones nerviosas que intervienen en la conducta adictiva se refuerzan. Así, el hábito llega a formar parte de la vida diaria. Esta teoría explica especialmente el mecanismo de adicción psicológica de las drogas.

Ejemplo: el fumador de tabaco tiene ante sí una larga serie de estímulos que lo incitan a fumar: el despertar, el terminar de comer, el sentirse nervioso, el encontrarse con un amigo, el sentarse en su sillón favorito... Todos estos estímulos han creado y mantienen el hábito de fumar.

En la mayoría de los casos la adicción no se explica por una sola de estas teorías sino por la combinación de dos de ellas, o incluso, de las tres. Además, la naturaleza de la droga consumida hace que el proceso de adicción varíe.

El camino de la esclavitud de la droga

El tema de la droga tiene hoy proporciones gigantescas. No es una cuestión que pueda ser resuelta por un solo país, sino que es necesaria una movilización general.

Pero vamos a descubrir el camino que recorre el drogadicto hasta que llega a verse atrapado por la droga y convertirse en un verdadero esclavo de la misma. También vamos a penetrar en los mecanismos que se dan en su psicología para verse inclinados a ella, en los resortes que se conjugan para sentirse atraídos en esa dirección, y convertirse en un auténtico esclavo, en peregrinaje continuo de la droga. Vamos a enumerar los principales resortes psicológicos que predisponen y desencadenan la tendencia a las drogas:

1. Los jóvenes empiezan a drogarse por curiosidad, para saber qué es eso, en qué consiste, qué se experimenta. Como esto sucede en un círculo juvenil muy contagioso, los que en principio no la prueban son tachados de personas que no están abiertas a la realidad, retrógrados y atrasados, con lo que enseguida abandonan esa postura, y la prueban. Da la impresión de que para atravesar los umbrales de la adolescencia a la juventud es necesario tomar contacto con ellas.

2. Los jóvenes empiezan a drogarse porque está de moda y muchos a esa edad lo hacen. Este argumento no tiene valor para las personas de criterio, pero en la adolescencia es casi natural. Y las modas se contagian más que las infecciones: éste es un dato extraído de la sociología diaria. Hay que tener mucha personalidad y un entorno en donde uno se pueda sentir arropado para no dejarse llevar por esa corriente.

3. El mundo de la droga significa para el joven satisfacer su sed fáustica de aventuras, su necesidad de nuevas experiencias es como un deseo de verlo todo, mirarlo todo, de curiosear en las entrañas de uno mismo y bajar a los sótanos de la personalidad para descubrir qué hay allí. Esto se expresa en el

lenguaje coloquial de los jóvenes así: quiero vivir intensamente, experimentar sensaciones nuevas y profundas, en un afán desordenado por bucear en todos los rincones de la vida psíquica. Hay también un deseo de escapar de uno mismo de vez en cuando, abandonarse en una pasividad en donde es repudiado todo lo que significa esfuerzo y responsabilidad.

4. La droga es siempre evasión. Los adolescentes y los jóvenes tienen como una especie de sismógrafo interior que es capaz de detectar muchas cosas negativas de la sociedad de los mayores. Se produce una reacción contra los adultos y la sociedad que ellos han creado: racionalista, centrada en el éxito y en el dinero, burocrática, montada sobre el consumo, muy alejada de los valores y de lo espiritual. Rematan su análisis diciendo: esta sociedad no me gusta y quiero escapar de ella e ir haciendo otra distinta que no tenga estas coordenadas. Así se inicia esta fuga hacia los paraísos artificiales que la droga promete y arrancan de su crítica del mundo de los mayores; buscando una nueva libertad que a mediano y largo plazo termina en una sugestiva prisión donde va a ir quedándose atrapada física, psicológica y socialmente.

Evasión y protesta son dos notas clave para comprender la psicología de esta plaga social. Por eso podemos descubrir un cierto fondo positivo: el que se droga rechaza conformarse con el mundo y pretende otro mejor. Desaprueba una realidad considerada como prisión.

Y aquí caben muchas observaciones que ciertamente son atinadas: la moral interpretada como hipocresía, y la felicidad como autoengaño, la vida como tener y acumular. Eso es lo que ellos captan y el mensaje cifrado que transmiten.

5. La droga es también una reacción al vacío espiritual de nuestro tiempo. El hombre necesita del misterio, decía Heidegger. Hay en lo más íntimo de su ser, una aspiración hacia lo trascendente. Y para muchos esta inquietud se sosiega en estos parajes. En el gran viaje se esconde una pretensión de trascendencia, una forma pervertida de la mística, saltándose la ascética y todo lo que de ella se deriva. La sed de infinito que todos llevamos dentro se satisface mediante la llave ilusoria de la droga. La paciente aventura de ascética austera es sustituida por la química que la droga ofrece. La droga es una pseudomística en un mundo materialista, hedonista y de consumo. Por eso podemos decir que la droga subraya el vacío de nuestra sociedad. La falta de consistencia en algo sólido y que sea capaz de llenar tantos huecos como tiene el corazón del ser humano.

6. La droga permite alejar el dolor y el sufrimiento, desterrar los sentimientos de fracaso y frustración, al menos momentáneamente. Pero no hay que perder de vista que el sufrimiento es la vía regia de aprendizaje. Decía el maestro Eckhart que el sufrimiento bien aceptado es la cabalgadura que con más rapidez conduce al mejoramiento del ser humano. El drogadicto ha renunciado a luchar, quiere sólo las tenues sensaciones de flotar y suspenderse en el océano de las

vivencias nirvánicas. Por eso, cuando está en pleno proceso de tratamiento, vuelve a caer en la droga ante situaciones negativas, problemas o dificultades. Escoge el camino más rápido para solucionar sus problemas y también el más frágil y voluble. Y lo que ocurre es que la droga le tiende una trampa psicológica: pensar que esa huida de las contrariedades es duradera. Esto va a ir significando la pérdida de la libertad interior y la sumisión a un dueño fanático y devorador. Es la dependencia.

7. Pero la droga representa un medio para incrementar las vivencias de libertad e independencia. Se disimula, de este modo, el sentido auténtico de la libertad que tiene un objeto; el bien, capaz de saciar la más profunda sed del ser humano. La respuesta a tantas preguntas existenciales decisivas. Se aterriza así en una pasión inútil, totalitaria y descomprometida. Una trampa. En ella se camufla la búsqueda del proceso de identidad personal.

8. Una vez instalado en la droga de una manera más o menos estable, las motivaciones cambian. Se combate con ella el aburrimiento y la falta de un proyecto de vida coherente y realista. El verse arrastrado por un grupo subcultural del que no es fácil salir. El joven se va viendo empujado por una psicología de personas que se arremolinan en torno a este dios mágico y maravilloso que todo lo arregla de inmediato, pero que pasa una terrible factura por ello; la dependencia y la tolerancia. Por la primera, el sujeto no puede dejar de consumirla, ya que si no, aflora el célebre síndrome de abstinencia o "mono". La dependencia es la progresiva adaptación biológica del organismo, de tal forma que si se interrumpe el consumo se alteran algunas constantes biológicas. Esto tiene una base metabólica, que no es otra cosa que una protesta celular. La tolerancia aparece en una fase posterior y consiste en la necesidad de ir incrementando progresivamente la dosis para producir los efectos del principio.

9. Ese aferramiento, a la droga en vez de hacer progresar a la persona, la detiene y aprisiona. El drogadicto centra su mundo en esta dependencia. Por esto se ha dicho que desde el mismo instante en que una persona se vuelve drogadicta, la droga se convierte en un objeto *autoritario, de poder y de dominio*, que absorbe a la personalidad. Hay en ellos unos registros esclavizantes y de tiranía. Pero rastreando más a fondo, lo que de verdad busca el joven es la liquidación de su yo cotidiano, rutinario, estrecho e insignificante y sumergirse en un viaje que parece que apunta al infinito.

Todo el mundo de esa persona, toda su intimidad se organiza en torno a su tendencia a consumir droga y en torno a las vivencias que ésta le proporciona, que, por cierto, son generalmente efectos un poco distintos a los habituales, hasta el punto de que hay autores muy perspicaces que para ver rápidamente si una persona es un simple consumidor de drogas o un drogadicto, se basan en considerar los efectos obtenidos con la misma. Cuando los efectos que se obtienen con las drogas son los comunes, nos encontramos en el sector del

consumo, pero cuando los resultados son un tanto extraordinarios y distintos a los habituales, lo más probable es que éstos sean precisamente una manifestación de la drogodependencia.

10. Para una persona que se encuentra lanzada a la *búsqueda de su identidad*⁸ y que no se ha encontrado a sí misma, porque tiene una gran sensación de vacío o porque tiene unas grandes limitaciones personales para comunicarse con los demás, quizás el encuentro con la droga implique satisfacciones al acompañarse de desinhibición de la personalidad y de aportación de unos ciertos contenidos. Una personalidad colmada con cualquier cosa representa para uno mismo algo más satisfactorio que una persona vacía. En el momento en que esta persona empieza a atestar su mundo psíquico con algo, se encuentra más satisfecha. Incluso, simplemente, la desinhibición que representa una facilidad para comunicarse con otras personas es un dato sumamente grato.

11. Los efectos de las drogas varían muchísimo no sólo en relación con el tipo de droga, la dosis, la vía de administración, etc., sino también con factores psicológicos, como la situación en la que uno se encuentra y la personalidad del consumidor. Por esto, ya está grabada en la personalidad, con arreglo a ciertas características, la disposición a convertirse en drogadicto.

Hoy no se puede comprender lo que es la personalidad previa del drogadicto sin comprender *la crisis de la adolescencia*. Realmente, la base fundamental que hace que esta gran masa de jóvenes se lance al uso y al abuso de las drogas, está en la crisis de la adolescencia. Dentro de todos estos sujetos adolescentes los más predispuestos a convertirse en drogadictos son los adolescentes que sufren problemas importantes de salud mental o que tienen alguna estructura *psicopatológica*, especialmente, una depresión, un trastorno severo de la personalidad, una personalidad profundamente narcisista o una esquizofrenia paranoide.

Muchas veces hay cierta afinidad entre el tipo de padecimiento psíquico que tiene el sujeto y el tipo de droga que consume. Y así, por ejemplo, los depresivos especialmente consumen al principio sustancias cannábicas, los que tienen una organización límite de la personalidad pronto hacen la escalada para llegar a la heroína los que tienen esquizofrenia paranoide quedan detenidos en las anfetaminas.

12. Aquellos adolescentes que van a experimentar la crisis de la adolescencia con particular intensidad van a ser precisamente los más predispuestos a contraer la drogodependencia. Las manifestaciones básicas de la crisis de la adolescencia actualmente son especialmente éstas dos: en primer lugar, el *desfasamiento* en la maduración de la personalidad de modo que unos aspectos de ésta han adelantado su proceso de maduración, como la inteligencia, el desarrollo biológico y la sexualidad, en virtud de factores alimentarios y de la más amplia estimulación, en lo que se refiere a la inteligencia.

Los aspectos de la personalidad que constituyen lo que podríamos llamar el eje diamantino de la misma, en particular la esfera afectivo/emocional, madura mucho más tarde ahora que antes. En consecuencia, si siempre la maduración ha sido un proceso un tanto desigual en cada adolescente, ahora se ha acentuado en extremo. Así tenemos un adolescente desfasado que en unos aspectos se encuentra ya suficientemente maduro, y en otros, total y radicalmente inmaduro, en particular, en los aspectos interpersonales y afectivo/emocionales.

¿Qué hacer con un adolescente del cual se sospecha que se droga?

Hemos dejado para el final del apartado anterior esta pregunta, que en realidad se hace con mucha frecuencia y para la que no hay una respuesta sencilla.

Algunos detalles y cambios de comportamiento de los adolescentes pueden constituir importantes indicios que nos permitan sospechar que están consumiendo drogas, no obstante debemos ser prudentes observadores ante la sospecha.

No existe, por supuesto, ningún tipo o arquetipo de drogadicto. Detrás de cada uno hay alguien, con sus problemas específicos, con sus propias "heridas" sociales o psicológicas, con unas determinadas situaciones familiares, sociales o económicas lamentables. Por tal motivo, el drogadicto siempre es una persona en crisis, en conflicto consigo mismo, con su familia, con la sociedad; incapaz de querer y sentirse amado; no es un "bicho" raro del cual tengamos que defendernos o encerrar en un "ghetto" para poder vivir con tranquilidad. Como síntomas de esta crisis que padece el drogadicto, podemos señalar los siguientes:

Baja autoestima: o dificultad grande para superar los problemas de la vida normal o dificultad para satisfacer, por sí mismo, las necesidades personales y básicas.

No aceptación de sí mismo: o rechazo de la imagen corporal o del modo de actuar propio.

Introversión: o falta de comunicación con el exterior, reprimiendo los sentimientos propios y "aguantando" todo ante los demás.

Falta de disciplina: de exigencia personal, actuando al margen de toda normativa preestablecida.

Nulo control de los impulsos: que lleva a la agresividad verbal o física, al afán excesivo de consumo, buscando ansiosamente el placer.

Baja tolerancia a la frustración: que lo hace depresivo ante los fallos, hundiéndose irremediabilmente ante el fracaso y considerando que todo el

mundo es malo.

Y es que la persona que tenga alguno o casi todos estos síntomas, no es que sea ya un drogadicto, pero es ciertamente "campo abonado" para ello, pues aunque las conductas adictivas provocan a largo plazo dolor, aflicción y más problemas, a corto producen todo lo contrario: placer, alivio y otras compensaciones humanas.

A veces, la sospecha se inicia cuando observamos algunos cambios de comportamiento especialmente significativos, como desinterés por ciertas cosas y actividades por las que hasta ahora había mostrado sus preferencias, para pasar a otras que pueden estar relacionadas con la droga, como, por ejemplo, encerrarse solo durante largas horas para oír música, debido al particular ensimismamiento que producen algunas drogas con la música.

Es un síntoma bastante grave el hecho de que los padres o los educadores acudan a los especialistas porque abrigan "sospechas" de una posible toxicomanía en un joven. Lo cual no significa en absoluto que el joven sea necesariamente un toxicómano. Lo que ocurre es que las relaciones entre ese joven y los adultos que lo rodean han llegado a una situación límite, y ya no existe la suficiente confianza mutua para hablar abiertamente de los problemas que se suscitan.

De hecho, la pregunta puede referirse a muchas y diferentes situaciones. A veces, influenciados por los medios de comunicación, los padres se plantean el problema de la droga cuando, en realidad, lo que le sucede a su hijo es que está atravesando una simple crisis de adolescencia. En otros casos, la droga es el pretexto que permite a los padres plantear determinadas preguntas en torno a la experiencia vivida por un adolescente que presenta serias dificultades psicológicas. Y en otros casos, finalmente, es real el consumo de droga, cuando no la toxicomanía.

Por supuesto que la primera respuesta, en todas y cada una de las situaciones, consiste en decir que es preciso hablar del asunto, buscar los medios de restablecer el diálogo con el adolescente. Crear un clima más acogedor tanto en el ambiente familiar como en el escolar. Mucho antes de tomar droga por primera vez, el joven suele manifestar su malestar de bastantes y provocativas maneras; lo difícil es percibir en qué momento una "simple" conducta de oposición o de aislamiento por parte de un adolescente se convierte en signo de un intenso malestar personal.

Hasta cierto punto, los descensos en el rendimiento escolar, ausencia a clase, disputas y peleas con los compañeros, superiores, profesores, los diversos desafíos y hasta las huidas son medios de los que habitualmente se sirve el adolescente para "poner a prueba" sus propios límites y las reacciones de su entorno. No se trata tanto de preocuparse por ello sino de mantener una autoridad y unos límites, aun dejando siempre abiertas las puertas al diálogo.

Cuando resulta ya manifiesto que el adolescente se encuentra francamente a disgusto consigo mismo y que corre el peligro de comprometer su futuro con una actitud radical de rebeldía o de aislamiento, entonces los padres o los educadores han de tener el valor de reconocer ese malestar, porque de nada sirve hacer como el avestruz, ni tampoco soluciona nada el sentirse culpable o el ponerse enfermo de preocupación. Si hay dificultades familiares, hay que tener el valor de hablar de ellas, lo mismo si existen en la escuela y pedir consejo a un especialista.

En aquellos casos en que se han negado o ignorado sistemáticamente las dificultades, es muy frecuente que, cuando el joven hace saber su condición de consumidor de droga, se manifieste el malestar de un modo dramático. Pero ni siquiera en este caso hay que precipitarse automáticamente en busca de un especialista en toxicomanías. Si aún es posible el diálogo, si todavía pueden abordarse las dificultades, entonces puede que no se trate más que de un consumo "provocador", transitorio, que no conduzca necesariamente a la toxicomanía.

En muchos de estos casos puede resultar esencial el papel del psicólogo, del educador, etc. Se trata de ayudar tanto a los padres como al hijo a que no se dejen cegar por un problema de droga y a que reanuden el diálogo. Para lo cual es preciso que el propio especialista no se deje invadir por el pánico ante la simple mención de la palabra "droga" y sepa desempeñar su función de "mediador" entre los padres y el adolescente. Por lo general, las indagaciones "policíacas" para averiguar qué es lo que toma el joven y en qué emplea su tiempo libre y demás, no hacen sino bloquear la situación y perder el tiempo.

Con demasiada frecuencia, la verdadera toxicomanía tiene su caldo de cultivo en el silencio. Tras la "luna de miel" con la droga, cuando aparecen la dependencia y el "mono", estallan los dramas familiares. Entonces es cuando debe comenzar el difícil (y en ocasiones caótico y fragmentado) camino terapéutico, en el que, como ya hemos visto, la familia tiene que desempeñar un papel de apoyo, de ayuda y de referencia.

Lo verdaderamente importante es que los padres sigan viviendo su propia realidad.

De lo que se trata es de que, a lo largo del camino terapéutico, el toxicómano trate de alcanzar su libertad interior y su independencia, que consiga ser una persona libre y no esclavizada. A medida que vaya haciéndose consciente de lo que lo ha llevado a buscar la dependencia, podrá no olvidar, pero sí utilizar sus propias experiencias, buscar otros medios de realizarse y aprender de nuevo a soñar.

La educación, antídoto de la drogadicción

La educación no es ajena a ningún problema que afecte al ser humano, pero

uno de los más inquietantes del mundo actual lo constituyen el abuso de drogas dadas sus trágicas y crueles consecuencias.

La educación es el mejor antídoto que podemos pensar contra la drogadicción. El adolescente debe forjar su futuro partiendo de un crecimiento personal y de un desarrollo armónico de sus capacidades. Las autoridades educativas deben organizar cursos de formación para el personal docente, que debe especializarse en la educación preventiva o mejorar su competencia en este problema.

El hecho de que en la base de las toxicomanías se encuentren el alcohol y el tabaco constituye el centro mismo de los problemas más grandes y generalizados del consumo de drogas. No debe ser el miedo el principal elemento de disuasión, sino una educación que promueva una formación sana en el ambiente familiar, escolar, social, etc.

En la educación preventiva es indispensable considerar a las personas en su contexto social y su entorno propio.

Se entiende así que podamos afirmar que la "auténtica educación sobre las drogas" está en el hogar, en la calle, en los medios de comunicación social, en los lugares de trabajo y en cualquier otro sitio donde las personas se encuentren y se comuniquen. El consumo y el abuso de las diferentes drogas, así como la abstinencia, "se aprenden" en todos estos sitios, queramos o no aceptarlo. Y se aprende en el más profundo sentido de la palabra, no de forma "memorística" como en la escuela, sino cambiando nuestras actitudes más profundas para traducirse en conductas acordes con el medio en el que uno crece como persona. Es la comunidad quien asume aquí el protagonismo.

Precisamente, la mayor parte de los planes educativos sobre drogas, evaluados hasta ahora, son programas escolares o proyectos marcados por el espíritu escolástico. Las conclusiones pesimistas que suelen aparecer en las revisiones de estos trabajos resultan lógicas si se tiene en cuenta su desenfoque y parcialidad. Sólo respuestas integrales, que tengan presente todos los factores que intervienen en el consumo de las diferentes drogas, pueden tener garantías de éxito. Y la educación bien entendida pide respuestas totales, teniendo presente toda la complejidad de este grave flagelo. Se entiende así la necesidad de coordinar e integrar los programas escolares y extraescolares.

Lo difícil es poder desarrollar la educación ideal en programas concretos que incidan en todos los factores, en todas las personas, en todos los medios. Precisamente, la misma idea de programa nos recuerda, de entrada, que existen límites de todo tipo: incompreensión del problema, necesidad de seleccionar los objetivos, carencia de recursos humanos y materiales, dificultad de comunicación, entre otros.

Pero no se puede olvidar aquí la dificultad de entender y definir el concepto de comunidad. En una visión tradicional, comunidad implica unidad, intereses comunes, cultura compartida, procesos lineales de acción y representación,

aspectos contrapuestos a la naturaleza de la cultura masificada de las sociedades actuales.

Por otra parte, convendría analizar en profundidad las exigencias del trabajo comunitario. Que se organicen actividades de todo tipo en el marco de la comunidad o desde un servicio municipal, no significa necesariamente que la comunidad asuma su propia responsabilidad. Aquí me limito a recoger tres principios básicos:

1. No puede haber verdadero cambio si no es a través de la plena participación de las personas interesadas.
2. La autodeterminación de los individuos y las comunidades resulta, entonces, imprescindible.
3. El ritmo de desarrollo no podrá ser impuesto desde el exterior, aunque sí predispuesto.

Por otra parte, la educación en general, ha de ser el marco adecuado para llevar adelante cualquier intervención educativa específica sobre las drogas. En este trabajo nos referimos a esta educación específica como tarea a llevar a cabo en y por la comunidad. Aquí son muchos los posibles campos de intervención educativa. Algunos denominan y con toda razón "viveros de crecimiento" a la familia, la escuela, el grupo de amigos o compañeros y la colectividad como principales campos de intervención. Estos "viveros de crecimiento" tendrán mayor carga educativa en la medida en que actúen coordinados entre sí. Cada día se insiste más, por otra parte, en la necesidad de "participación comunitaria" para que sea viable una respuesta eficaz a los problemas de las drogas, tanto legales como ilegales.

Las drogas, problema socioeducativo

El problema de las drogas es, ante todo, un problema educativo por todas las implicaciones que tiene para el desarrollo integral de la persona y de la sociedad como colectivo. Las drogas pueden producir la dependencia, si existe abuso en el consumo. La educación, por el contrario, pretende que cada individuo llegue a la plenitud de vida, a la salud, a la libertad. Se entiende así que cada día se de más importancia a la educación como instrumento preventivo y terapéutico en la lucha contra el abuso de las drogas. Se ha constatado que no bastan las actuaciones represivas y que los tratamientos simplemente médicos no consiguen detener el problema actual. Con la educación se pretende ofrecer al individuo, ser social, cualquiera que sea su edad y circunstancias, ese tipo de recursos que le permitan mantener su libertad en una cultura de drogas.

Pero el sistema educativo siempre ha tenido el peligro de poner su atención únicamente en las dificultades más inmediatas de la educación y dejar de lado toda esa serie de factores que provocan, mantienen y/o refuerzan las problemáticas que tratamos de resolver. En este sentido, nos convertimos en

simples practicantes de programas y técnicas ante una realidad que debería llevarnos a una reflexión profunda sobre todos aquellos factores que de una forma o de otra, condicionan el desarrollo educativo de la persona, así como atacar el problema en sus raíces. La responsabilidad recae tanto en el individuo como en la sociedad.

Para el educador el centro de interés en las drogodependencias no es la sustancia llamada "droga", sino la persona que por las más variadas razones está afectada por el consumo, propio o ajeno (por ejemplo, en el caso de la madre gestante consumidora de estas sustancias) inmerso en una comunidad determinada. En este sentido, para una comprensión profunda del drogodependiente habrá que tener en cuenta los elementos básicos del problema de las drogas:

1. Las características personales del individuo y sus antecedentes así como sus intereses, motivaciones y expectativas.
2. La naturaleza del medio sociocultural en el que este individuo se desarrolla.
3. Los aspectos farmacodinámicos de la droga o de aquéllas consumidas, teniendo en cuenta la cantidad, la frecuencia, la vía de administración, etc.

Todo esto nos lleva a la necesidad de valorar cada situación para poder concretar las intervenciones educativas. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que hasta ahora no ha podido demostrarse la existencia de una causa única que explique el abuso de las drogas y, por ello, se recurre a diferentes hipótesis para explicar el inicio y/o el mantenimiento del consumo de las diferentes drogas. Los especialistas están de acuerdo en que no existe una causa simple, sino una interacción, compleja y dinámica, de factores fisiológicos, psicológicos y sociales. No se pueden separar, pues, los factores personales de los sociales, unidos todos ellos a los farmacológicos, lo que no impide que se intente delimitar la preponderancia y el alcance de cada uno de ellos en distintos momentos.

Sin embargo, la preocupación de la sociedad por las drogas se centra más en los posibles efectos sobre el orden establecido que en las aplicaciones personales para el sujeto consumidor, a partir de las carencias de todo tipo que padece. Basta ver hoy la gran inquietud existente por la seguridad ciudadana, olvidando al mismo tiempo, la situación real de los consumidores. Desde este enfoque, las respuestas ofrecidas intentan por principio calmar las demandas de la población no dependiente, no drogadicta sin tener presente la problemática real de los drogodependientes. De esta forma se puede caer en interpretaciones fáciles que nos llevan a la represión como única respuesta. Conviene, por esto, analizar la relación entre inadaptación y drogas, para seleccionar las respuestas más adecuadas a cada situación, vínculo suficientemente complejo como para que se resista a toda clase de encasillamiento de tipo teórico. En este análisis se descubrirá con facilidad, a medida que se profundice en las raíces del problema,

la responsabilidad de la sociedad a la que pertenecemos, lo que significa también nuestra propia responsabilidad como miembros de la misma.

Niveles de intervención educativa

Sin dejar de lado la especificidad de cada situación en relación con las drogas, se pueden señalar tres grandes niveles de intervención educativa bien diferentes, sin dejar de estar mutuamente interrelacionados entre sí. Cada nivel tiene unas características bien definidas, que hacen que sus respuestas tengan un carácter propio.

La prevención propiamente dicha (prevención primaria) intenta evitar la aparición del proceso o problema. Se dirige tanto a los no consumidores y a los usuarios sociales u ocasionales de las diferentes drogas como a los individuos que pueden ofrecer estas sustancias. En este sentido, se orienta hacia padres, educadores, responsables de movimientos juveniles y, en general, a todas aquellas personas que tienen responsabilidades en el desarrollo individual y social de las personas, así como hacia todas aquellas que puedan implicarse en la oferta. Como actividades incluye: información, educación, alternativas y desarrollo social. En este sentido, la educación preventiva actúa tanto en la demanda como en la oferta (tráfico, etc.).

La intervención educativa precoz (prevención secundaria) procura descubrir y acabar con el problema de las drogas lo antes posible o, al menos, remediarlo en parte. Como actividad principal aparece aquí la detección y el tratamiento precoz del caso, bien sea relacionado con el consumo o con la oferta. A partir de aquí intenta ofrecer respuesta adecuada a los problemas que motivan, refuerzan o mantienen el abuso de las drogas (fracaso escolar, problemática familiar, etc.).

La educación no es ajena al campo de la *prevención terciaria* ya que en este nivel se trata de retardar o detener la evolución del problema de drogas al igual que sus consecuencias, aunque no desaparezca el problema. Se dirige, principalmente, a individuos que ya tienen dependencia física y/o psíquica de alguna sustancia. Incluye tanto la desintoxicación física como la psíquica así como la reinserción profesional y social. Son muchos los programas educativos que pueden ponerse en marcha dentro de este nivel: educación de adultos, formación profesional, etc.

La educación, pues, no puede quedar limitada a las intervenciones preventivas. Si quiere conseguir el objetivo fundamental del pleno desarrollo de la persona, no debe dejar de lado la participación precoz cuando sea necesario o su implicación con intervenciones adecuadas a las necesidades que se plantean en la fase de tratamiento o de reinserción social. La educación como tarea, afecta a todas las personas de cualquier edad, sin dejar de lado toda situación por conflictiva que sea. En este sentido, la función del educador escolar será diferente a la del educador que trabaja en una comunidad o servicio terapéutico

o en los programas de reinserción social, aunque coincidan en algunos aspectos. Lo importante será cumplir como educador en cada situación, en colaboración con otros profesionales implicados en el compromiso de dar respuesta a los problemas individuales y sociales de las drogas.

La familia como responsable educativo ante las drogas

Hoy está claro que la familia constituye un recurso imprescindible tanto para la prevención y el tratamiento como para la reinserción social de los drogodependientes. Desde este planteamiento resulta claro que la educación en ningún momento puede prescindir de la familia a la hora de plantear cualquier intervención educativa, sea preventiva o terapéutica.

Aquí no se puede perder de vista que los problemas de las drogas suelen estar relacionados con otras dificultades personales y sociales (familiares, escolares...) en una complicada red, lo que exige una actitud de búsqueda constante de intervenciones educativas adaptadas a las necesidades que se presenten. Los impactos que la conducta de los padres tienen en el consumo de los hijos aparecen a menudo en la literatura sobre las drogas. Por una parte, estudios donde de una u otra forma se constata la influencia familiar que en muchos casos se traduce en el consumo del hijo no nacido a través del consumo de la mujer embarazada o en un consumo posterior por simple imitación de los modelos paternos, y por otra, diferentes materiales didácticos orientados a concientizar a los padres de su propia responsabilidad educativa. La familia constituye el primer recurso a tener en cuenta en los programas educativos, sean preventivos o terapéuticos.

Por todo esto, el educador no puede olvidar nunca el papel de los padres a la hora de elaborar y poner en marcha sus programas educativos. Ellos siempre deberán estar implicados, aunque sea a diferentes niveles. Por esta razón, una de las grandes responsabilidades de la educación es animar y orientar la información y la formación de los padres respecto al tema de las drogas. Existen aquí muchas posibilidades, que van desde una conferencia que oriente hasta organizar cursos de formación más profunda, de acuerdo siempre con los recursos existentes, incluso la animación del movimiento de padres, de forma que aumente su poder de presión ante la sociedad en general, de manera que se tomen las medidas oportunas ante la problemática de las drogas.

Pero no se trata de que los padres sepan más que sus hijos, sino de tener los conocimientos elementales, al menos, para poder establecer un diálogo mínimo y dar o buscar la respuesta adecuada a cada situación del hijo. Por esta razón, apremia ante todo, en los padres una personalidad madura y equilibrada que dará el tono y estilo adecuado a cada información, coherente siempre con las actitudes y hábitos sanos.

Criterios de intervención familiar

ante las drogas

Pero conviene tener en cuenta la existencia de una tremenda variedad de situaciones familiares. Podemos encontrar tres bloques bien distintos: la familia muy motivada, la familia media y la familia muy poco organizada o nada motivada, diferencias que suelen tener relación con el nivel informativo de las mismas en temas de salud. Dentro de este último colectivo, encontraremos familias tan deterioradas, que difícilmente pueden asumir una formación específica en la temática de las drogas, si antes no reciben un tratamiento especializado que restaure la propia dinámica familiar en una línea propiamente educativa como base para la educación sobre las drogas.

Aunque son muchas las situaciones que se pueden presentar, cada una de ellas con sus propios matices, simplificaré conscientemente estas diferencias para señalar dos situaciones generales, según exista o no consumo de sustancias, para aportar unos criterios generales que puedan servir de orientación. Al educador le corresponde ver dónde, cuándo y cómo aplicar estas guías en función de la situación, el tipo y el medio de intervención.

Ante el hijo no consumidor de drogas

Como principios básicos de orientación para los padres no afectados por las drogas, se pueden señalar aquí:

- 7 Ser conscientes de que ninguna familia es "inmune" ante los problemas de las drogas.
- 7 Considerar la educación sobre drogas como hablar "con" y no "a" los hijos sobre la problemática de las drogas, con información realista y objetiva.
- 7 Aceptar, por principio, que el consumidor de drogas no es un enfermo mental o un degenerado, sino un individuo con dificultades, dentro de una problemática social más amplia.
- 7 Participar en la propia comunidad comprometiéndose por buscar soluciones a los diferentes problemas sociales implicados o relacionados con las drogas.
- 7 Aceptar que la educación de los hijos exige tanto hechos como principios.
- 7 Valorar la importancia de ofrecer alternativas más interesantes que las mismas drogas tanto para prevenir como para tratar los problemas de drogas ya existentes.

No olvidemos que se educa más por lo que se hace que por lo que se dice. Importa también, en este sentido, crear un ambiente sano, alegre, equilibrado en el hogar que favorezca la plena expansión de los hijos. Sólo en un "clima" educativo se puede educar sobre las drogas.

Ante el hijo consumidor de drogas

Desde este planteamiento general se pueden entender mejor una serie de

criterios concretos de actuación cuando el hijo está implicado en el consumo de drogas.

Aquí se presentan, en primer lugar, situaciones relacionadas con el consumo de drogas por parte de los hijos, así como una serie de criterios básicos de actuación.

Si el hijo ya se ha iniciado en el consumo de drogas, evite:

- 7 Desesperarse: no todos los que se inician en el consumo de drogas se convierten en consumidores habituales.
 - 7 Culparlo y "echarle en cara" todo lo que usted ha hecho por él.
 - 7 Convertirse en perseguidor obsesionado de todos sus pasos.
 - 7 Criticar de forma continua y/o violenta sus comportamientos.
 - 7 Utilizar el castigo como recurso para evitar el consumo.
 - 7 Acosarlo continuamente con preguntas, acusaciones, etc., pues así conseguirá un mayor distanciamiento.
 - 7 Desentenderse de él, dejando de prestarle atención.
 - 7 En esta situación, los padres deberán procurar una comunicación más profunda, que puede orientarse por los siguientes principios:
 - 7 Dialogar con su hijo analizando las circunstancias que lo llevaron al consumo.
 - 7 Reflexionar sobre lo que puede hacer por su hijo e intentar prestarle más atención y tiempo.
 - 7 Estimular el acercamiento del hijo hacia los padres, como personas en las que podrá encontrar siempre ayuda.
 - 7 Reflexionar en común sobre las posibles formas de ayudar a su hijo.
 - 7 Aceptar siempre al hijo como persona, independientemente de lo que haga.
- Otra situación mucho más complicada es aquella en la que el hijo no parece dispuesto a dejar el consumo de las drogas.

En una situación así, resulta muy difícil seguir abierto a un diálogo comprometido y esperanzado. Fuera de las formas de actuar señaladas en el caso anterior, es necesario no ceder a los chantajes del hijo, mediante amenazas de autolesiones, delitos o promesas de curación. Al contrario, en este diálogo comprometido con el hijo, los padres procurarán:

- 7 Hablar con él en un ambiente de respeto y confianza.
- 7 Reconocer y asumir que su hijo depende ya de las drogas, lo que impide y coarta su libertad.
- 7 Aprovechar todas las ocasiones que se presenten para iniciar el tratamiento que convenga.
- 7 Establecer unos límites de convivencia familiar, donde el hijo reciba siempre

la atención que necesite.

7 Mantener la calma ante el síndrome de abstinencia, sin aceptar chantajes.
Ante el hijo que pretende abandonar el consumo

Tenemos la tercera situación, en principio más feliz, aunque no menos complicada, cuando el hijo ha tomado la decisión de abandonar el consumo de las drogas. El dejarlas es una garantía para llevar a cabo esa recuperación, ya que es el propio drogadicto quien debe tomar la decisión de abandonar las drogas. Tiene que ser consciente de la gravedad del problema y de sus consecuencias. Esa actitud inicial debe ser auténtica, activa y participativa. Es en él donde radica la posibilidad de una recuperación plena.

En esta situación habrá que ofrecer un apoyo eficaz evitando reproches por conductas pasadas, comportamientos rígidos o posiciones de abandono ante los problemas del hijo. Al contrario, los padres procurarán:

- 7 Acudir a un centro o a profesionales cualificados que asesoren sobre el tratamiento más adecuado para su hijo.
- 7 Colaborar con los profesionales encargados del tratamiento, participando activamente en todas las actividades indicadas por ellos.
- 7 Adoptar una postura comprensiva, entendiendo que su hijo es el primer interesado en dejar las drogas.
- 7 No desalentarse si, durante el tratamiento, el comportamiento del hijo no se adapta exactamente a lo esperado.

A propósito, dejemos de lado la clásica lista de síntomas del abuso de las drogas... Cuando en la familia existe una atención continua y un diálogo comprometido con los hijos, los padres no necesitan de un listado de indicadores que le hagan ver que su hijo tiene problemas. Será el propio hijo quien de muchas formas indicará que necesita ayuda. Por otra parte, cuando los padres disponen de una información y una formación mínima sobre las drogas, sabrán qué hacer para saber cuándo puede existir problema de drogas.

La familia del toxicómano al ser la más directamente afectada por el drama del drogadicto y por constituir uno de los resortes más poderosos en su rehabilitación, requiere y merece una atención esmerada. Los encuentros periódicos con personas especializadas pueden ayudarle a asumir positivamente la situación delicada que un toxicómano crea o desvela en su propio hogar. En estos encuentros tienen ocasión de ir descubriendo las posibles deficiencias familiares que fueron caldo de cultivo de la conducta desviada de uno de sus miembros. Asimismo, al mismo tiempo, unas pautas de comportamiento pedagógico que les impidan incurrir en el rigor excesivo o en la cesión sistemática ante el chantaje que aquel intenta someterlos. Se pueden esperar cosas buenas de unas familias así, motivadas y orientadas.

Decálogo de la esperanza

1. Comuniquen a todos la esperanza: sepan construir un futuro y una sociedad nuevos, donde haya justicia y trabajo para todos. La desocupación es la muerte de los jóvenes.
2. Comuniquen a todos la esperanza: sepan construir un futuro y una sociedad nuevos, donde ya no se dé la droga. La droga es el golpe de hacha en las raíces del ser.
3. Comuniquen a todos la esperanza: sepan construir un futuro y una sociedad nuevos, donde ya no haya violencia ni guerra. La paz es posible. La paz no es un sueño o una utopía.
4. Comuniquen a todos la esperanza: sepan construir un futuro y una sociedad nuevos, donde se aísle y se destruya la ramificación de la actitud mafiosa de algunos, que son realizadores de manifestaciones equivocadas de criminalidad.
5. La tentación más insidiosa de nuestros días, la más sutil, es precisamente la de renunciar a la esperanza, al renacimiento definitivo de la humanidad.
6. Que su esperanza sea tenaz, difusiva frente al fatalismo, a la disgregación, a la complicidad del silencio, a la marginación, al crimen.
7. Venzan el derrotismo gris, el individualismo egoísta. Sean anunciadores de la liberación de todos los hombres y de todo el hombre, de la esclavitud del pecado y no sólo de las estructuras injustas.
8. Ustedes pueden comunicar esta esperanza a los demás, especialmente a sus coetáneos, que tienden a la búsqueda de los valores auténticos, pero frecuentemente desorientados por concepciones de vida y de cultura, lejanas del mensaje cristiano.
9. Digan a los cobardes de corazón, especialmente por medio del testimonio de su vida: ¡ánimo! Sobre todo, a esos jóvenes ambientes de infracultura, fácil presa de la corrupción, de la violencia, de la droga.
10. ¡Tengan ánimo! Pónganse de parte de Cristo, queridos jóvenes, y estarán de parte de la esperanza⁹.

⁶ PICCHI, M. *Un proyecto para el hombre*. PPC, Madrid, 1998, p. 78.

⁷ *Revista Palabra*, n. 196, diciembre de 1981, p. 37.

⁸ Llamamos identidad a la conciencia que uno tiene de sí mismo en cuanto ser independiente, pero al mismo tiempo dotado para vivir en interrelación con las demás personas. Con ello uno se acepta a sí mismo, y dispone de fortaleza psicológica suficiente en su yo para manejar sus tendencias interiores y elaborar adecuadamente los estímulos exteriores recibidos.

⁹ L' OSSERVATORE ROMANO. Discurso a los jóvenes de Sicilia. 28 de noviembre de 1982.

Tratamiento del drogadicto

Sólo los curiosos y los que buscan aprenden
y sólo los decididos vencerán las dificultades del aprendizaje.
El coeficiente de curiosidad siempre me ha fascinado
más que el coeficiente de inteligencia.

E. S. WILSON

PREVENCIÓN

Prevención según OMS

La consideración de la OMS, denominando prevención a todo tipo de actuación en la práctica, se diferencia en dos grandes campos: el de la prevención y el de la asistencia. Indudablemente es más coherente denominar a todo *prevención*, pero aquí entenderemos por ésta todas aquellas medidas que actúan, específicamente, en todos los momentos y situaciones anteriores a la aparición de una dependencia. Llamamos medidas asistenciales a todas las que actúan para asistir y curar al drogadicto.

Las líneas maestras del proyecto están tomadas del documento de la OMS sobre prevención de las drogodependencias en donde señala entre otras cosas: mencionar prevención es hablar de todo lo que se debe y se puede hacer para luchar contra las drogas. La prevención hace referencia a todo tipo de actuación mediante la cual se trata de evitar o reducir la incidencia y la gravedad de los problemas asociados con el uso extramédico de drogas causantes de dependencia. El objetivo más ambicioso sería el de conseguir que nadie pudiera llegar a ser toxicómano.

La Organización Mundial de la Salud considera los siguientes niveles de prevención.

Primer nivel. Prevención primaria

Actuaciones dirigidas a los no toxicómanos (no consumidores o consumidores no drogadictos). Se trata de evitar la aparición de los problemas individuales (físicos o psíquicos) y sociales de la drogadicción. Para ello se requiere la organización de una buena información, una adecuada educación (sobre todo en las escuelas) y un programa de alternativas comunitarias.

Segundo nivel. Prevención secundaria

Dirigida a las personas que consumen, ocasional o esporádicamente, drogas o son usuarios habituales, sin sobrepasar niveles de consumo capaces de crear dependencia, pero que, sin embargo, por razones de su problemática individual

o social, viven una situación que puede llevarlos a un aumento del uso de drogas, lo cual puede generar una rápida dependencia. Esto logra evitar mediante un diagnóstico precoz, una intervención en el momento de la crisis, etc.

Tercer nivel. Prevención terciaria

Dirigida a los drogodependientes. Pretende detener o retrasar los problemas físicos o psíquicos generados por la dependencia. Para conseguirlo se atiende al drogadicto mediante una política asistencial que va desde la asistencia hospitalaria, en casos de urgencias o patologías orgánicas, hasta los programas de desintoxicación, programas de rehabilitación, bien sea mediante tratamiento ambulatorio o en comunidades terapéuticas, etc.

Medidas preventivas

Reducir la demanda de droga es todavía más urgente e importante que actuar sobre la oferta. En efecto, corremos el riesgo de que la búsqueda de sustancias que alteran el estado mental pueda ampliarse, como ya está ocurriendo, a productos legales utilizados en farmacia, en alimentación y en la industria química.

Por lo tanto, la prevención tiene que convertirse en el eje central de la acción contra la droga. Pero, una vez que hayamos reconocido que el problema de la drogodependencia es ante todo pedagógico y social, tenemos que sacar las oportunas consecuencias. La prevención se confunde demasiadas veces con la simple información: sin embargo, la información es insuficiente, porque no toma en consideración los aspectos efectivos de la pedagogía y se centra en los efectos negativos del uso de sustancias simplemente para atemorizar.

La experiencia sugiere que es mucho más provechoso fomentar lo positivo que apegarse a lo negativo: en el caso que nos ocupa, hay que fomentar las condiciones de bienestar más que fijarse en los problemas. Además, informar sobre la droga y las motivaciones que están en su origen es una labor muy delicada que hay que encomendar a personas expertas y equilibradas.

¿Cómo realizar una prevención eficaz en la familia?

La familia debe revisar su conducta en el hogar. La filosofía de esta actuación es que no hay modelos de prevención generales, que para prevenir de verdad, hay que trazar unas líneas de conducta. Por ello, debemos poner especial énfasis en los cursos de formación de padres. En estos cursos se les prepara para hacer un diagnóstico de cómo funciona su hogar, qué tipos de padres son, cómo pueden hacer una prevención primaria o secundaria frente a la droga. Entiendo que un joven que va madurando, que está integrado en su colegio, en su casa, al que se le han sabido potenciar los valores a pesar del ambiente y de

la presión social, está mucho más lejos de caer en la droga.

Para que sus hijos no caigan en la tentación de la droga:

1. Hagan acogedor el ambiente familiar armonizando la autoridad, que nunca debe faltar en el hogar, con el diálogo, la comprensión y la participación.
2. Acostúmbrense a escuchar a sus hijos y no den excesiva importancia a unas formas externas que son propias de la moda de cada época.
3. Eviten tanto la sobreprotección como el ser "padres de paja" y edúquenlos en una razonable austeridad, acostumbrándolos a soportar frustraciones.
4. Más que sermones sobre los daños de la droga, denles el ejemplo de su abstinencia, especialmente, en el uso del alcohol, del tabaco y de los psicofármacos.
5. No ofrecerles objetivos e ideales de nuevos medios de lujo, de comodidad y de vida fácil, que hacen su voluntad débil ante el asalto de la droga.
6. Ser un ejemplo de actuación para los hijos en la familia, cumpliendo las normas que les pedimos a ellos. Se deben evitar en lo posible el consumo de tabaco y alcohol, así como el de medicamentos innecesarios.
7. Mantener un clima de diálogo y comunicación en la familia, donde se puedan expresar los problemas, incluso, los de drogas. Fomentar la autonomía y la responsabilidad personal de los hijos.
8. No invadir su intimidad, no registrar sus pertenencias, no prejuizar sus actitudes.
9. Promover hábitos adecuados en la familia: de higiene, de alimentación, de horarios, de disciplina, de estudio, etc.
10. Proponer y planificar el tiempo de ocio, para que resulte gratificante y satisfactorio. Deporte, paseos, vacaciones, etc.
11. Conocer y relacionarse con los amigos de los hijos. Estar alerta en los momentos difíciles por los que puedan pasar: fracaso escolar, problemas familiares, etc.
12. Apoyar las acciones que se realicen, sobre todo, en el campo educativo.
13. En caso de duda consultar con educadores, profesionales, asociaciones, etc.
14. Mantener una estrecha colaboración con el colegio y la correspondiente asociación de padres de alumnos, participando en los programas que desarrollen.

Necesidad de prevención

Estudios fiables muestran que es especialmente necesaria y eficaz en la fase anterior a los catorce años de edad:

- a) La prevención se realiza con fruto en el seno de la vida familiar cuando ésta logra ser, al mismo tiempo, espacio de libertad y de normativa, de diálogo y de autoridad, de amor y de exigencia y cuando sabe transmitir a sus jóvenes

miembros una correcta tabla de valores.

- b) La formación general y específica de padres y educadores escolares y extraescolares se revela también como una de las tareas preventivas más importantes. La calidad de los educadores y la rectitud de sus criterios en torno a la droga son elementos decisivos. No son tan escasos los jóvenes que, en un pasado todavía muy reciente, se han deslizado en la droga por obra y gracia de criterios o de actitudes permisivas, teñidas de un falso baño "liberador", por algunos educadores.

Acción preventiva en la escuela

La prevención se realiza así mismo en la escuela cuando la educación impartida enseña a los alumnos a afrontar adecuadamente los conflictos propios de todo crecimiento. Los conflictos que nublan a adolescentes y jóvenes toxicómanos y no toxicómanos son, en sustancia, los mismos. Lo que realmente los diferencia es la manera de afrontarlos. Es tarea de la escuela ayudar a unos y otros a asumirlos y resolverlos por caminos que, en vez de provocar la ruina del sujeto, favorezcan su autoconstrucción.

La acción preventiva se lleva a cabo igualmente allí donde el ambiente *exterior que rodea a niños y adolescentes es humano y socializado*. Es importante registrar, a este respecto, un dato comprobado por estudios rigurosos: los jóvenes no asociados son mucho más fácil presa de la droga que aquellos que pertenecen a movimientos y organizaciones propias de su edad. Promover asociarse juvenilmente es prevenir la drogadicción.

Una información veraz, exenta de sensacionalismo y encaminada a destilar, a través de ella, criterios rectos en los jóvenes, en los padres y en la opinión pública, está destinada a completar este importante capítulo de una inteligente labor de prevención.

La escuela ofrece excelentes posibilidades como marco de la acción preventiva. No sólo porque esta acción coincide con sus objetivos de formación del niño, sino porque los métodos introducidos por las nuevas corrientes pedagógicas (puestas en común, educación individualizada, trabajo en equipo, etc.), se han revelado como los más apropiados para desarrollarla.

La acción preventiva del maestro es ante todo general, lo cual no significa en absoluto que la específica quede fuera de su competencia. Refiriéndonos a esta última, existen autores que opinan que el docente debe restringir su actuación a las drogas institucionalizadas, dejando el tratamiento de las otras (cannabis, cocaína y heroína) a expertos en toxicomanías que, con su colaboración, se dirigirán a ambientes de especial riesgo. Esta propuesta recalca la inconveniencia de desorbitar el problema del abuso de drogas, y el efecto negativo que puede derivarse de la excesiva propaganda de ciertas sustancias con motivo de las campañas de información.

Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que dadas las características evolutivas del escolar y el origen de las drogodependencias, el tema de la escuela no basta que sea abordado mediante cursos o charlas sobre drogas. Es importante y básico que la escuela cumpla su misión educadora en todo lo que es la personalidad del escolar, dado que cualquier fallo, aun en campos tan autónomos como la sexualidad, la identidad, la capacidad de frustración, etc., son básicos para evitar una drogodependencia. No obstante, el ámbito de este plan de actuación requiere concretarse, sin olvidar estos aspectos, en una primera actuación de educación sobre drogas concreta y específica.

Si bien se considera que en el futuro dicha educación se realizará desde un programa de "educación sanitaria", en estos momentos la actuación será específica sobre las drogas.

Los jóvenes creyentes

Por pertenecer a su misma generación, son ustedes los creyentes más cercanos a los jóvenes drogadictos. Tienen compañeros con problemas de droga en los puestos de clase, en el portal de casa, en ciertos bares y rincones de su barrio.

La comunidad cristiana les pide con insistencia este doble servicio: un testimonio transparente y desacomplejado y una ayuda cuidadosa y bien orientada.

Con su testimonio, son los más indicados para hacerles comprender de verdad que es posible vivir sin drogarse, que es más humano y más apasionante vivir sin ese vicio. Nada puede interpelarlos más poderosamente que el observar en su conducta que, habitados por los mismos conflictos y dificultades que a ellos los aquejan y los impulsan al camino fácil de la droga, saben afrontarlos con un talante diferente: con espíritu de superación, con esperanza, con la animación a una vida sana, con el apoyo firme de su fe cristiana.

Decálogo de actitudes para tratar
con adolescentes

1. Personalidad bien equilibrada con suficiente control de sí mismo, de sus emociones y conflictos personales. Se necesita orientar, dar seguridad y, serenidad a los adolescentes, en un período sumamente inestable y conflictivo para ellos.
2. Actitud comprensiva respecto a la situación general y dificultades de los adolescentes según los problemas que les plantea la etapa evolutiva en que se encuentran.
3. Actitud paciente ante manifestaciones extemporáneas, provocativas o agresivas de los adolescentes. Aceptación de los fallos e inmadurez afectiva como algo normal a su edad.
4. Deseos sinceros de ayudar con auténtico espíritu de abnegación y, sacrificio

sin prisas, dejando que los adolescentes vayan encontrando poco a poco su madurez personal, a través de sus experiencias vitales, limitando su actuación a orientarlos sin imposiciones.

5. Capacidad para responder adecuadamente a las manifestaciones de agresividad, de vandalismo individual o colectivo de los adolescentes. Saber actuar con actitudes serenas, sosegadas y bien controladas externamente; con reacciones tranquilas y bien definidas en cuanto a criterios y actitudes profundas internas.
6. Disponibilidad para oírlos cuándo y en el momento en que ellos se acerquen espontáneamente para franquearse o pedir orientación.
7. Esfuerzo para llegar a una aceptación plena, cordial de su progresiva independencia; contando con su opinión al organizar actividades o al tomar decisiones que atañen a cada uno de ellos, sin pretender manejarlos como muñecos o bebés irresponsables, no contando para nada con lo que piensan o sienten, teniendo en cuenta la importancia que el grupo tiene para los adolescentes, al organizar actividades.
8. Esfuerzo por mantener unas exigencias razonables en cuanto al nivel de rendimiento escolar, teniendo en cuenta las dificultades que encuentra el adolescente para poder rendir al máximo ideal, a causa de los problemas evolutivos y afectivo/emocionales que tiene planteados.
9. Dentro de lo posible, esfuerzo por fomentar una enseñanza activa: que por una parte sea adecuada a la inquietud interna del adolescente, por otra, que satisfaga los impulsos a la actividad y el deseo de afirmación del propio yo.
10. Esfuerzo por fomentar actividades complementarias para adolescentes, que ayuden al desarrollo o ejercicio de la capacidad de decisión personal, la autonomía y afirmación del yo, que favorezcan la capacidad de expresión de la intimidad personal, mediante actividades orales, escritas, dinámicas, dramáticas, plásticas, etc; que favorezcan el desarrollo de sensibilidad artística, literaria, musical; que beneficien la integración social positiva del chico o la chica, con adolescentes del otro sexo.

Rehabilitación

Decide lo que quieres, decide lo que eres,
disponete a cambiarte por ello,
establece tus prioridades
y empieza a trabajar.

JAMES H. L. HUNT

Tratamiento de la drogadicción

El tratamiento de las toxicomanías ha sido siempre considerado como un problema sumamente difícil y complicado, que llevará un cierto tiempo. Éste requerirá grandes dosis de paciencia, de la acción de personal especializado y de multitud de técnicas terapéuticas, sin que por ello se pueda afirmar que al final de este largo y difícil tratamiento hayamos podido liberar al joven drogadicto de su dependencia a las drogas, pues la experiencia nos dice que el número de recaídas es enorme.

De la drogadicción es muy complicado salir. No se trata sólo de recibir un apoyo esporádico o de ocupar el tiempo en algo que distraiga. Tampoco estamos ante casos de mala suerte o de simples equivocaciones, sino ante personas que han destruido su vida y desequilibrado su personalidad. No olvidemos que los jóvenes que llegan hasta cualquier centro no creen en sí mismos, están completamente desmoralizados, desconfían absolutamente de poder vivir en libertad y tienen su escala de valores completamente alterada por la utilización continuada de sustancias alienantes. Su voluntad, al menos para iniciar un cambio, es del todo necesaria, pero no suficiente. Generalmente, necesitarán de una estructura terapéutica clara, firme y progresiva que los ayude.

Lo malo es que escasean los centros donde estos ciudadanos pueden recibir ayuda. Quizás el enfoque desde el punto de vista de la salud deja de lado muchas iniciativas que pueden verdaderamente montar estructuras de apoyo. Quizá los verdaderos "profesionales" que deben acudir al campo de la drogadicción sean los pedagogos, maestros y educadores en general. Prueba de ello es que los mejores psiquiatras y psicólogos que trabajan en este campo reconocen que cada vez son "menos psiquiatras" y más "educadores", tal y como me decía hace poco un reconocido profesional de entre ellos. En fin, que hacen falta nuevas iniciativas. Aunque lo importante es la decisión del drogadicto, lo cual es difícil para los jóvenes en los primeros años.

El promedio de edad entre los internos en tratamiento es de 25 años. Es la edad en que se dan cuenta de que ellos no pueden salir de la adicción por sí solos. Hay que comprender que un "yonqui", al principio, piensa que puede

dejar la droga cuando quiere y en su soledad hay algunos intentos por hacerlo, que para su desgracia siempre acaban en el más absoluto de los fracasos, aumentando con ello la sensación de impotencia y de decaimiento. Suele ser entonces cuando aceptan la mano de la familia o de algún amigo para ayudarlos. Por ello el porcentaje anterior a los 20 años es muy pequeño. Por el contrario, a partir de los 30 años, o han logrado superar su adicción o están mucho más destruidos, si es que viven todavía¹⁰.

El problema de las drogas es complejo, no sólo en cuanto a los factores que inducen a su consumo, sino también al proceder terapéutico. Los avances de la ciencia señalan que hoy en día contamos con mejores medios para el tratamiento de la drogadicción. La disposición social es también propicia y los medios disponibles son bien conocidos. Pero detrás de todo, lo más importante es la actitud personal que induce al consumo de estos productos.

En lo que respecta al tipo de droga consumida, es obvio que el tratamiento deberá ser distinto según la clase de narcótico a cuyo consumo se encuentre "aficionado".

Según se trate de uno u otro tipo de droga consumida, la desintoxicación será más o menos difícil en el adicto y, por ende, las posibilidades de que éste reincida.

Es posible la rehabilitación de los toxicómanos

La toxicomanía provoca desesperanza, e incluso angustia en los jóvenes afectados, en sus familiares, en los educadores y en la sociedad. El mensaje cristiano interpela a este desconsuelo y lo confronta con la fe en la resurrección. Creer en Jesús resucitado implica albergar una convicción profunda de que nunca llega el ser humano a estar totalmente corrupto ni envilecido. Por degradado que se encuentre, siempre existe en él un punto incorruptible, abierto a la regeneración. Donde está el corazón del ser humano se puede levantar el sagrario de Dios. Subsiste siempre en el hombre un deseo, por débil y encadenado que se encuentre, de rehabilitación. Una fe cristiana intrépida sabe leer en este "refugio del bien", que anida indefectiblemente en el corazón humano, un signo de la presencia salvadora del resucitado.

Este refugio pervive también en los drogadictos. Por muy deteriorado que se encuentre su organismo, su psiquismo y su sentido moral, hay una posibilidad de recuperación. Por muy implicado que se encuentre en las redes de la droga y del mundo que se teje en torno a él, queda una esperanza de rehabilitación.

Es preciso que los cristianos seamos portadores de esta esperanza inquebrantable que incluso se mantiene cuando han ido cayendo otras esperanzas. Transmitirla persuasivamente a los afectados, a sus familias y a la sociedad es un cometido noble e ineludible de la comunidad cristiana.

La rehabilitación, base del tratamiento

La rehabilitación del toxicómano y la atención a su familia son la base del tratamiento.

En una sociedad tan afectada por la droga no basta con tomar precauciones respecto al futuro. Es preciso, al mismo tiempo, curar las heridas del presente. Los miles de toxicómanos y sus familias están solicitando este servicio urgente.

Las comunidades terapéuticas, deben estar animadas por unos criterios éticos y pedagógicos correctos, y al mismo tiempo precedidas de un cuidadoso servicio de acogida y completadas por un acompañamiento cercano en la fase ulterior de reinserción social. Así, el tratamiento evoluciona con la persona, con la familia, con la sociedad, no existen fórmulas mágicas.

El principal objetivo de todo programa de tratamiento es la supresión de la dependencia del toxicómano y su reincorporación a la sociedad como miembro útil de la misma. De esta forma se persigue una triple finalidad:

- a) Ayudar al individuo que ha caído en la dependencia de las drogas a liberarse de ellas, tanto física como psíquicamente, y recuperar la salud perdida, protegiéndose así de una muerte prematura.
- b) Ayudar a su familia a restablecer la vida familiar, sin las graves perturbaciones que la existencia de un drogadicto en su seno supone. Por el contrario, la rehabilitación del drogadicto y su incorporación a una vida profesional normal suele ser el mejor bálsamo para cicatrizar problemas de convivencia familiar y permitir que el exadicto pueda asumir la existencia de una manera positiva.
- c) Proteger a la sociedad del peligro que supone la vida de unos sujetos dispuestos a todo, con tal de procurarse su dosis diaria de tóxico, a la vez que se la libra de la carga que estos miembros inútiles suponen y se evita el peligro de contagio, especialmente sobre la juventud que el adicto frecuenta, sin olvidar que todo consumidor de drogas es, en potencia, un traficante.

El proceso a seguir para alcanzar estos objetivos se realizará por medio de una serie de etapas. La primera de ellas será la desintoxicación del adicto en un medio especializado, a fin de liberar su organismo de la dependencia de la droga, a la vez que se tratan las enfermedades que, adicionalmente, puedan presentar los adictos y reconstituir su personalidad.

En el proceso de tratamiento se deben tener en cuenta tres factores esenciales:

- a) La personalidad del drogadicto.
- b) El medio ambiente en que se desarrolla su vida.
- c) La clase de tóxico utilizado y, sobre todo, la forma como lo tomaba.

De la interacción de estos tres factores surgirán las bases para un programa de tratamiento. En todos los programas se corre el peligro de llegar a considerar la adicción a las drogas como algo exclusivamente somático, cuando en realidad es mucho más complejo. En primer lugar, no debemos considerar la toxicomanía como el origen de los problemas que afligen al joven consumidor, sino como la consecuencia inmediata de ellos.

Lo importante es que el toxicómano desee curarse y estar dispuesto a someterse a un proceso de desintoxicación y rehabilitación, que requerirá de todos sus esfuerzos. En la voluntad del adicto se encuentra la clave del éxito.

La rehabilitación con los drogadictos

Para llevar a cabo una eficaz estrategia de rehabilitación y prevención, hay que centrar la atención en el protagonista de este drama de los tiempos modernos: la persona en dificultad.

¿Pero quién es realmente la persona a la que llamamos *drogadicta* o *toxicómana*? Nosotros la definimos como alguien que tiene *un problema añadido*. Este modo de afrontar la situación modifica radicalmente la interpretación de este hecho. La droga es el síntoma de un malestar que no atañe exclusivamente a los jóvenes.

El encuentro con la droga, que tanto el mercado legal, fármacos y alcohol, como el ilegal ponen a disposición de cualquiera, animando a su consumo y abuso, ofrece un anestésico a la fatiga de vivir, una escapatoria para aplazar a un eterno mañana la aceptación de las responsabilidades de la propia vida.

El que consume drogas no es un delincuente, un enfermo, un vicioso, un degenerado, un culpable, una víctima. Es una persona que se encuentra en una situación de debilidad, que puede ser fortalecida sin mojigaterías; a quien hay que acoger, comprender y ayudar, alguien que se siente solo, y al que hay que acompañar sin componendas; un ser asustado, al que hay que sostener y animar; el cual ha perdido algunos valores y al que hay que volver a motivar.

Precisamente porque esta persona está en condiciones de volver a ser dueña de su vida, hallando en sí misma la fuerza de su rescate y de su liberación, nuestras acciones se deben centrar en la responsabilidad individual a la hora de decidir drogarse, sin olvidar, sin embargo, los factores psicológicos y de relación, sociales y económicos, que pueden influir en sus decisiones.

Luis llegó destrozado por las pastillas que le habían dado en el psiquiátrico. Parecía un robot. La familia estaba desesperada y no sabía cómo ayudarlo. Desde muy joven se había marchado de casa y progresivamente se fue hundiendo en la "droga".

Había ido de un lado para otro teniendo las más variadas experiencias, que llevaron su mente al desvarío. Intentó suicidarse varias veces, bajo los efectos del "ácido". Una enfermera que lo conoció en la residencia, la última vez que se

cortó las venas, lo trajo al instituto. Pasaron unas semanas hasta que reaccionó. Un gran trauma de culpabilidad fue resuelto al hacerlo vivir el amor y el perdón de Dios por medio del que la comunidad le ofrecía. Ahora, tres años después, dirige los talleres de artesanía y forma parte del equipo de responsables.

Jesús y los marginados

La conducta de Jesús para con los marginados de su tiempo resulta sorprendente incluso hoy en día, saltándose las costumbres y la mentalidad estricta de su tiempo, se acerca a los excluidos de la sociedad: las prostitutas, los publicanos, los leprosos y los endemoniados. Los invita a entrar en la nueva comunidad que Él crea. Restaura así su dignidad perdida devolviéndoles la libertad de los hijos de Dios y conduciéndolos a reconciliarse con ellos mismos, con los demás y con Dios Padre.

Los drogadictos son, sin duda alguna hoy, uno de los grupos marginados de esta sociedad. Suscitan en mucha gente un reflejo defensivo de separación, análogo al que provocaban los leprosos del tiempo de Jesús. Muchos los consideran en exceso responsables de su situación. Los adultos quisieran evitar todo contacto de los suyos con ellos. Bastantes jóvenes los rehuyen por temor a contagiarse de su condición. Son temores comprensibles. Pero ¿cómo se compaginan con la actitud abierta de Jesús?

Es urgente que los creyentes y principalmente los jóvenes sepan dar una alternativa válida y coherente a los toxicómanos. Es el compromiso cristiano en esta época actual. "Vivimos en un tiempo de locura y esperanza", el tiempo de la espera de Dios (Ventila Horia).

Nuestra tarea de creyentes comienza por mirar a los toxicómanos como Jesús los mira. Esta mirada nos conducirá a ofrecerles nuestra ayuda en el proceso de su regeneración y reinserción social. Tal ayuda ha de serles brindada no con ánimo paternalista, sino con un espíritu verdaderamente fraterno, traspasado por la convicción de que son ellos los protagonistas de su propia recuperación. Nosotros les colaboramos a ayudarse a sí mismos.

Iniciativas con los consumidores de drogas

Las iniciativas deben ir encaminadas a centrarse en esta preocupación por las necesidades concretas de la persona que tiene problemas, intentando ofrecerle una ayuda temporal mediante una experiencia llena de valores que la haga ser protagonista de su renacer y de una positiva reinserción social. Estas orientaciones, más que una lucha *contra* la droga, ofrecen una ayuda *para* la vida, en el convencimiento de que a un joven libre y sereno no se le ocurre tomar una sustancia estupefaciente.

Es importante que todas las ayudas que pueda recibir, tanto de la familia

como de profesionales o instituciones, se consideren eso, "ayudas" y que no se desplace la responsabilidad y la consecución o no del éxito del proceso hacia los demás quedando el drogodependiente como un sujeto pasivo y expectante ante lo que los otros puedan hacer por resolver "su" problema.

Principios básicos

Los principios fundamentales en los que se basan las acciones de la ayuda al drogadicto son los siguientes: un compartir que haga que la persona se responsabilice; la búsqueda constante de la individualidad de cada uno; la implicación directa del sujeto en la actividad educativa, que en algunos aspectos se puede definir como "terapéutica", que aspira a una liberación completa de cualquier forma de dependencia; la confianza en valores fundamentales del ser humano, como la honradez, la dignidad, el respeto hacia uno mismo y hacia los demás, la solidaridad. Y, como se puede observar, en todas estas iniciativas apenas se habla de la droga.

El esfuerzo de estas ayudas ha dado en todos estos años unos resultados concretos: incluso, la apuesta de que personas aparentemente resignadas y apagadas pueden volver a recuperar la capacidad de vivir, es ganada a diario en muchos programas de rehabilitación que trabajan con confianza y tenacidad.

"Alejandro viene de una familia donde la 'droga' y la delincuencia lo rodeaban por todas partes. Procede de una gran ciudad, ambiente donde circula la 'droga'. Allí empezó a dar 'golpes' en las farmacias, asaltar apartamentos y robar lo que podía, incluso en las mismas discotecas. Fue al ejército *bandera general de la legión*. Era una alternativa que le daba oportunidad de aventura y posibilidades de conseguir 'droga' a bajo precio. Cuando desertó, vino a refugiarse en la comunidad, pero terminó entregándose a la policía. Estuvo seis meses en la cárcel, pero ha vuelto de nuevo a la comunidad. Ahora lleva el taller de marquería y sigue un proceso de formación".

Dificultades iniciales

Si no se logra una actitud inicial que auténticamente sea activa y plenamente participativa, serán muy escasas las posibilidades de éxito, ya que los drogadictos siempre terminan encontrando excusas para culpar a otras personas o instituciones de su dependencia, eludiendo de este modo ante sí mismos y ante los demás, la realidad de que fundamentalmente en ellos radica la posibilidad de una plena recuperación.

Para ello hay que involucrar a toda la sociedad y proponerle metas elevadas, en defensa de la juventud, de la familia, de una vida solidaria y compartida. Evitar la resignación y el miedo es fundamental si se cree en una sociedad más civilizada y hecha a la medida del ser humano. El voluntariado ha demostrado que este camino existe. Recorrerlo es obligación de todos.

Lo que más impresiona en el drogadicto es su escaso apego a la vida y a todo

aquello que tiene sentido para la sociedad. Son personas atormentadas, tienen miedo al futuro: por eso se encierran en la soledad de su pequeño mundo.

Los que consumen drogas, por muy distintos que sean los unos de los otros, todos ellos tienen una crisis de identidad, están en conflicto consigo mismos, evaden sus propias responsabilidades, buscan un bienestar inmediato que nunca logran conseguir de una manera estable, son incapaces de resolver de forma armónica los problemas que la familia, el trabajo, la escuela y las relaciones afectivas les plantean.

Sobre todo los más jóvenes, quieren tenerlo todo y enseguida: emociones fuertes, el riesgo incontrolado, vivir al día pase lo que pase. Son pesimistas, se tienen poco aprecio y viven en el terror de no ser apreciados por los demás, están convencidos de que no saben tomar iniciativas positivas y de que no son capaces de afrontar las dificultades de las relaciones con sus coetáneos y con los adultos.

Con estas personas de poco sirven leyes severas o fármacos sustitutivos. Lo único que puede ayudarlos es una sociedad que se cuestione seriamente la calidad de vida de los seres humanos y que ayude eficazmente a los más débiles a recuperar la capacidad de vivir como adultos libres y serenos.

Laura también había intentado suicidarse. Las depresiones se las producían los contraefectos de la "droga". Tenía muchos problemas en aceptarse ella misma. En el psiquiátrico, lo único que le insistían era en una *autorrealización sexual*. Pero, más "liberada" de lo que estaba, ya no podía estar. Y eso la habría llevado al suicidio.

En la comunidad ha recibido el cariño que necesitaba y ha podido desarrollar sus talentos musicales. Ahora está aprendiendo cerámica, lleva el taller de pintura y forma también parte del equipo de responsables. En los tres años que lleva en la institución, su cambio es tan grande, que su familia no se lo puede creer. Ahora es ella la que ayuda a otros y tiene un don especial para *acoger* a la gente.

Estos ejemplos son más que suficientes, queridos jóvenes, adolescentes y personas interesadas en la lucha contra la droga que la gran acogida y un amor incondicional hacia ellos en esas comunidades terapéuticas son la base para recuperar a esos drogadictos que tienen deseos de salir del camino tiranizante de la esclavitud de la droga. Ser testigo en el mundo de hoy es tener "un corazón sin puertas con las manos siempre abiertas"¹¹ para llevar el calor del amor y la luz de la verdad, haciendo discípulos del resucitado.

Todo esto, nunca lo podrá hacer el adolescente o joven que consume droga habitualmente, porque para ello, se necesita gran personalidad y las drogas la destruyen, como ya hemos visto. Las "drogas" deshacen la fisiología y la psicología de la persona humana, que son los dos pilares donde se apoya la personalidad.

La fuente de la tranquilidad

¿Dónde se encuentra la fuente de la tranquilidad? Relatan las Sagradas Escrituras que cuando Jesús estuvo en este mundo se encontró un día con una extraña, una mujer samaritana, a quien le pidió un poco de agua para calmar su sed, pero, por la barrera étnica que entre los dos existía aquella mujer rechazó el pedido. Aun así, Jesús, conociendo muy bien la vida de esa mujer, le habló de otra fuente con aguas imperecederas, y entonces ella sintió la necesidad de saciar la sed que dominaba su alma.

La mujer samaritana tuvo el convencimiento de que Cristo era en realidad la fuente de la vida eterna. Y reconocía que, si tomaba de aquel manantial, nunca más su alma tendría sed, porque estaba bebiendo del pozo de la inmortalidad. Cristo es la fontana de agua viva, como bien lo afirman las Sagradas Escrituras. Si recurrimos a Él no tendremos necesidad de apelar a falsas vías de escape. Él nos ofrece gratuitamente de la fuente de vida eterna. Notemos sus palabras: "Oh, todos los sedientos, vengan por agua; y a los que no tienen plata, vengan, compren, y coman, sin plata y sin pagar, vino y leche" (*Is 55, 1*). Esa fuente está al alcance de todos; sólo el reconocimiento de nuestra necesidad y la aceptación de esa oferta hacen posible que ese manantial divino purifique nuestros seres y colme nuestras ansiedades, hasta alcanzar la perfección de nuestros caracteres y obtener la victoria final.

En otras palabras, es definitivo y cierto que la fuente de la tranquilidad se encuentra verdaderamente en nuestro interior y no en los tranquilizantes ni en las drogas estimulantes.

"Vivir sin drogas"

"Vivir sin drogas" es, pues, un lema exigente que desborda la abstinencia de las sustancias reconocidas como tóxicas. Requiere una libertad de espíritu y una aguda vigilancia.

Quien así vive no puede permanecer indiferente ante la drogadicción juvenil. La gran mayoría de las personas quedamos invadidos por una sensación de asombro que nos aturde y nos paraliza cuando vemos drogarse a jóvenes o adolescentes. No reaccionamos ante este penoso espectáculo ni sabemos cómo comportarnos ante él. Es difícil discernir cuál habría de ser el comportamiento más humano y más positivo en estas situaciones. Pero nos parece que lo menos humano es no reaccionar ante ellas. "¡Señor no nos dejes caer en la tentación de no hacer nada!". "¡Líbranos de la indiferencia y de la comodidad!". No podemos contemplar a los drogadictos como una estatua, con un estéril sentimiento de tristeza que va derivando progresivamente hacia la indiferencia, embota nuestra sensibilidad y nuestro sentido ético. Es peor no reaccionar que hacerlo inadecuadamente. Un grito, aunque sea desenfrenado, es más humano que el mismo silencio. Una palabra dialogante es, tal vez, al menos en

ocasiones, una respuesta más ajustada.

La comodidad y la rutina unidas a la falsa prudencia están entorpeciendo la auténtica fidelidad al Evangelio y a la más pura conquista de la paz.

Ante estas situaciones el Papa confía y reta a los jóvenes para mejorar el mundo.

Juan Pablo II desafía a la juventud: "Jóvenes, ustedes llevan en las manos el mundo del futuro":

Queridísimos jóvenes, generación nueva que *lleva en las manos el mundo del futuro*: ustedes han decidido hacer del amor la norma inspiradora de su vida. Por eso, el compromiso "por un mundo unido" se ha convertido en su programa. Es un programa eminentemente cristiano. El Papa, pues, se siente muy contento al animarlos a proseguir en este camino, cueste lo que cueste. Deben dar a sus coetáneos el testimonio de un entusiasmo generoso y de una constancia inflexible en el compromiso exigido por la voluntad de construir un *mundo unido*.

Ustedes saben dónde encontrar la fuente para sacar energías necesarias para este camino nada fácil: está en el corazón de Aquel que es "el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin" (*Ap 22, 13*).

Sea, entonces, Cristo su punto seguro de referencia, el fundamento de una confianza que no conoce vacilaciones. La invocación apasionada de la Iglesia: "Ven, Señor Jesús", se convierta en el suspiro espontáneo de su corazón, jamás satisfecho del presente, porque tiende siempre al "todavía no" del cumplimiento prometido.

Queridos jóvenes: su vida debe gritar al mundo su fe en Aquel que ha dicho: "He aquí que vengo pronto, y conmigo mi recompensa" (*Ap 22, 12*). Deben ser la vanguardia del pueblo en camino hacia esos "cielos nuevos" y esa "tierra nueva" en que tiene su morada la justicia (*2P 3, 13*). *Los hombres que saben mirar al futuro, son los que hacen la historia*. Los otros son arrastrados por ella y terminan por encontrarse al margen de ella, envueltos en una red de ocupaciones, de proyectos, de esperanzas que, a fin de cuentas, se manifiestan engañosas y alienantes. *Sólo quien se compromete en el presente, sin dejarse "aprisionar" por él, sino permaneciendo con la mirada del corazón fija en las "cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios" (Col 3, 1), puede orientar la historia hacia su realización.*

Ahora, como en cada una de las misas, llega a nuestro corazón necesitado de consuelo la respuesta tranquilizadora: "Dice el que da testimonio de todo esto: sí, vengo pronto" (*Ap 22, 20*).

Sostenidos por esta certeza, reanudamos la marcha por los caminos del mundo, sintiéndonos más unidos y solidarios entre nosotros¹².

Jesús el buen amigo

Hay un personaje permanente que ejerce un liderazgo sin barreras de espacio y de tiempo aunque también encontró serias dificultades. En torno a Él ha girado la historia y hasta ha dividido el tiempo. Sigue siendo hoy el centro y el motor de gran parte de los hombres, que seguirá sin duda influyendo en la historia (cf. *Mt 28, 20*).

Amigo, yo soy Jesús

El que desea ser tu amigo, para ayudarte, por eso te digo:

"Ven a mí, tú que estás sufriendo y tienes, problemas porque yo deseo ayudarte".

El que desea lo mejor para ti, por eso:

"He venido para que tengas vida y vida en abundancia...".

El que te demuestra su amor, haciendo lo que nadie está dispuesto a hacer:

"Dios muestra su amor al dejar que Jesús muera por nosotros".

El que te invita a que cambies tu vida, por eso te dice:
"El que a mí viene, no lo echo fuera".

Él fue por muchos siglos la esperanza de la humanidad, su paso por la tierra fue *signo de contradicción*, su doctrina y su presencia misteriosa hoy es bandera para muchos, es una *respuesta válida a todas las preguntas*.

Es necesario descubrirlo en profundidad, urge presentar al mundo su persona, su doctrina y su presencia. Tenemos que hacer resonar hoy sus respuestas con nuestro testimonio.

El Papa tiene una predilección especial por ustedes, porque no sólo representan, sino que son el porvenir de la sociedad y de la Iglesia:

Sean profundamente *amigos de Jesús* y lleven a la familia, a la escuela, al barrio, el ejemplo de su vida cristiana, *limpia y alegre*. Sean siempre, jóvenes cristianos, *verdaderos testigos de la doctrina de Cristo*. Más aún, sean portadores de Cristo en esta sociedad perturbada, hoy más que nunca necesitada de Él. Anuncien a todos con su vida que *sólo Cristo es la verdadera salvación de la humanidad*.

Sean jóvenes comprometidos

La imagen de Jesús fascina, su mensaje entusiasmo y su presencia viva en el mundo nos resucita y nos compromete como atletas de su ejército para vivir el mensaje de la paz, para descubrir la esperanza, para sembrar de paz el mundo. Para ello debemos tener el coraje de aceptar, radicalmente, el compromiso que Cristo nos ofrece "reconstruir la paz en el mundo" y "sembrar esperanza entre la juventud". Esta aceptación existencial implica una inserción escalonada para aceptar el reto que Cristo nos lanza.

El fenómeno de vacío, tedio y hastío está suscitando una rebeldía de incalculables proyecciones, que pretende construir un mundo nuevo. La multitud de jóvenes que opta por ella ve el momento histórico que vive como un desafío a su capacidad creadora; quieren una "revolución de los valores", para romper con la energía y la fuerza de la juventud, el hierro del materialismo y del relativismo que los aprisiona.

Estos jóvenes con esa inquietud creadora, se acrecientan día a día; son como la lava de un volcán, que el estruendo de la rebeldía callejera y de evasión no permite captar, pero que en épocas anteriores de más calma ya se dejó sentir. Es como un permanente estado de incomodidad, provocado por el sistema social, o mejor, por sus fallos.

Son los que poseen una capacidad de sacrificio, los que pretenden llevar en su corazón la luz de una ilusión y la fuerza de su ideal. Toda ilusión e idea hace del ser humano un poeta y son ellos los poetas, los renovadores, los que van inyectando en el viejo árbol de la cultura la savia nueva.

Son los jóvenes que trabajan, que estudian y se preparan, que ven con claridad dónde están ancladas las imperfecciones del viejo sistema pero, que también saborean los buenos frutos que ha dado. En esta juventud ilusionada y cada vez más numerosa está el auténtico movimiento de protesta y de rebeldía

creadora.

El joven realiza este proyecto vital en esa dimensión trascendente, vive en plenitud renovadora, en contacto íntimo con Dios que abre brecha en el camino de la vida, con fe, amor, optimismo y alegría. No vive en el vacío de la anarquía, un alma sin Dios está colgada en el vacío. A la larga, tanto muchachos como muchachas, que han experimentado esta sustitución, sienten la alegría de verse liberados de la "moderna esclavitud de la droga".

Cada generación aporta su propia concepción del mundo y su peculiar modo de vida, pero no todas con la misma intensidad. Vivimos un mundo joven, la creatividad, la investigación, la conquista de nuevos mundos. El joven impone su propia razón *histórica su estilo* diferente. "Cada generación representa una altitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada y diferente a los demás", Ortega y Gasset. La juventud actual constituye, quizás, el medio efervescente más dinámico y poliforme de que tengamos noticia en la historia. La fluidez y el poliformismo con que se nos aparece la conducta juvenil actual, dificultan su comprensión. Efectivamente ocurre que esta juventud del momento porta intrínsecamente, además de su innata rebeldía, el residuo que ha dejado en la sociedad todas las inconformidades de las generaciones anteriores.

Ante esta situación fue impresionante cómo el último mensaje del Vaticano II, abordó este tema como si fuera la síntesis y lo decisivo, como el "testamento" del concilio, dirigido a los jóvenes. Dice el mensaje: "Son ustedes los que van a recibir la antorcha de manos de sus mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Son ustedes los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de sus padres y sus maestros, van a formar la sociedad de mañana; se salvarán o perecerán con ella... Sean generosos, puros, respetuosos, sinceros... Y edifiquen con entusiasmo un mundo mejor que el de sus mayores".

Decálogo para dignificar al ser humano

1. Este camino de empeño en favor del hombre no es fácil. Trabajar para elevarlo y ver siempre reconocida y respetada su dignidad, es tarea muy exigente.
2. Para perseverar en la tarea de elevar la dignidad del hombre es necesario una motivación profunda, que sea capaz de superar el cansancio y el escepticismo.
3. Para perseverar en este cometido de elevar la dignidad del hombre es necesario una motivación que sea capaz de superar la duda, y aun la sonrisa, de quien se asienta en su comodidad, o ve como ingenuo a quien es capaz de altruismo.
4. Para ustedes, jóvenes cristianos, esa motivación de fondo, capaz de

transformar sus acciones, es su fe en Cristo.

5. Su fe en Cristo les enseña que vale la pena esforzarse por ser mejor, que vale la pena trabajar por una sociedad más justa.
6. Su fe en Cristo les enseña que es necesario defender al inocente, al oprimido, al pobre, que vale la pena sufrir para atenuar el sufrimiento de los demás.
7. Su fe en Cristo les enseña que vale la pena dignificar cada vez más al hermano.
8. Vale la pena dignificar al hombre, porque ese hombre no es un pobre ser que vive, sufre, goza, es explotado y acaba su vida con la muerte.
9. Vale la pena dignificar al ser humano, porque es una imagen de Dios, llamado a la amistad eterna con Él: un ser que Dios ama y quiere que sea amado.
10. Dios quiere que el hombre no sólo sea respetado, que es el primer y fundamental paso, sino que sea amado por sus semejantes¹³.

Bienaventuranzas para ser joven

Adolescentes y jóvenes, quiero brindarles, las "bienaventuranzas para la vida", redactadas por los alumnos del segundo curso de la Escuela de Capacitación Agraria de Molina de Segura (Murcia), que hicieron como trabajo de formación ético-religiosa, y que publicó "Vida nueva", en su número 1.333, del 19 de junio de 1982.

1. Bienaventurados los que encuentran sentido a la vida, pues nunca se sentirán frustrados.
2. Bienaventurados los que escuchan, porque entenderán la vida de los demás.
3. Bienaventurados los que se fían de los demás, porque se sentirán seguros.
4. Bienaventurados los que basan su vida en algo más que lo material, pues podrán dar explicaciones a lo inexplicable.
5. Bienaventurados los que buscan un ideal en la vida, porque ellos vivirán la plenitud.
6. Bienaventurados los que aceptan las circunstancias, pues tendrán una fuerte personalidad.
7. Bienaventurados los que no se amoldan a la sociedad, pues no terminarán en destrucción.
8. Bienaventurados los que afrontan los problemas sin huir, porque no conocen la cobardía.
9. Bienaventurados los que rápidamente se reponen de la humillación, pues tienen espíritu de lucha.

10. Bienaventurados los que tienen unos ideales a seguir, pues tienen metas.
11. Bienaventurados los que luchan por un mundo mejor, porque ellos se sentirán más humanos.
12. Bienaventurados los que luchan por la paz, porque de ella depende la libertad.
13. Bienaventurados los que luchan por la justicia, porque de ellos brotará la paz.
14. Bienaventurados los que todavía creen en el amor, porque encontrarán razones para vivir.
15. Bienaventurados los que luchan por la igualdad de todos, porque están haciendo fraternidad.
16. Bienaventurados los que lo dan todo, sin esperar nada a cambio.
17. Bienaventurados los que ofrecen puestos de trabajo, dan, sirven y tienen por mayor preocupación a los demás, porque ellos crearán la nueva sociedad.
18. Bienaventurados los que arriesgan todo, por amor a los demás.
19. Bienaventurados los que no callan ante la injusticia.
20. Bienaventurados los que nunca piensan mal de su amigo, porque eso es confianza.
21. Bienaventurados los que lloran ante la separación del amigo, porque saben lo que es querer.
22. Bienaventurados los que viven la alegría, porque eso los mantendrá unidos.
23. Bienaventurados los que no odian, aunque los hayan humillado.
24. Bienaventurados los que se oponen a la opresión, porque valoran la libertad.
25. Bienaventurados los que ceden cuando no tienen razón, porque ellos saben rectificar.
26. Bienaventurados los que estudian la Biblia, pues esto les dará sabiduría.
27. Bienaventurados los estudiantes que se formen como personas cultas para servir, ayudar y transmitirlo a los demás, porque ellos serán premiados.
28. Bienaventurados los que enseñan a los demás, porque su trabajo será reconocido.
29. Bienaventurados los que intentan hacer que su familia sea todo el mundo.
30. Bienaventurados los deportistas, porque ellos serán signo de buena vitalidad.

[10](#) Informe "Proyecto hombre" de Valencia, 1990.

[11](#) *Manos abiertas*. [F. SAN ROMUALDO. Ediciones Musical Pax].

[12](#) L'OSSERVATORE ROMANO, 25 de mayo de 1980.

[13](#) L'OSSERVATORE ROMANO. *A miles de jóvenes de Costa Rica*. 13 de marzo de 1983.

Conclusiones

El secreto de la existencia humana
no consiste solamente en vivir,
sino también en saber para qué se vive.

DOSTOIEVSKI

La misma convicción con la que iniciamos este libro nos servirá para finalizarlo: vivir no es una tarea fácil. Querido adolescente, no sea solamente un soñador de quimeras. Éste es el fracaso de muchos. ¿Sobran soñadores? En la lucha de la vida se prueban las voluntades y el valor de los grandes ideales. Sobre el terreno de la práctica se forman los caracteres y se desvanecen las ilusiones. No sea solamente un platónico teorizador de bellos sueños. Sea algo más. Lo invito a que sea el juez y el señor responsable de sus acciones, de sus ilusiones, que sabe enderezar unas, corregir otras y poner en todas ellas el aliento vivificador que las anime y el sello inconfundible de elevación que las dignifique.

Vivir en plenitud es una voz de aliento que ayuda a descubrir las razones y las líneas maestras que hacen que su vida sea digna de ser vivida, que ayude a pasar de la desesperación y de la angustia al camino de la esperanza.

Una vida tiene pleno sentido cuando todavía se siente que a uno le quedan cosas por hacer, cuando todavía uno es capaz de ilusionarse con ellas. Séneca decía muy acertadamente que: *la vida es como una obra teatral no importa cuánto haya durado sino cuán bien haya sido representada.*

El conquistar ese estilo de vida depende básicamente de nosotros mismos, de que seamos capaces de jugar adecuadamente las cartas que tenemos en nuestras manos. Para ello desarrolle su fuerza vital, el bienestar y la tranquilidad.

Cualquiera que sea nuestra edad, debemos atrevernos a vivir en toda su plenitud, debemos *arriesgar* y tratar de dar a nuestra vida una dimensión más abierta, estimulante y de ilusión a nuestra existencia, debemos saber poner emoción, alicientes naturales y morales a nuestra vida, desarrollar la estabilidad afectiva y psicológica. Mejore la coherencia entre su cuerpo, lo que siente, su mente, lo que piensa y su corazón, lo que quiere para disfrutar de una expresión completa de belleza y salud radiantes.

¿Sabe qué es lo que generalmente hacen las personas cuando descubren que no tienen desafíos y de que en su horizonte han desaparecido la emoción y el estímulo? Pues sencillamente caen en la depresión, en el vacío interior, en la ausencia de valores morales, en la adquisición de bienes materiales o en la

trampa de la droga, se vuelcan por completo hacia la adquisición de estupefacientes o a vivir la luna de miel con la droga como una posible fuente para recuperar la alegría, la felicidad y el sentido de la vida.

Hemos pretendido interpelar su conciencia para orientar su vida por una senda clara, firme y segura capaz de conquistar el verdadero ideal de una vida sana y digna.

Debemos sustituir nuestras ideas, por principios de vida, provocando una existencia llena de espiritualismo, descubriendo la mística del trabajo, el coraje de la generosidad y la entrega sincera de nuestra juventud. Por esto, la educación para el mañana no supondrá nunca un abandono de elementos religiosos en la formación de los seres humanos. En el mundo nunca faltarán la fe auténtica, ni los hombres inteligentes que interpreten la vida con criterios sobrenaturales.

La droga no es una religión, no da felicidad, produce esclavitud. El adolescente debe emplear todos los medios legítimos posibles para hacer equilibrado, sano y armonioso este receptáculo de la gracia divina que es el ser humano. Necesitamos buscar remedios morales en los grandes recursos del espíritu en vez de los medios técnicos como la droga, el alcohol, etc., la raíz del mal está en la falta de amor, en el "sin sentido de la vida". Es falta de tranquilidad de la buena conciencia que trae la paz, promesa del espíritu que Dios la ofrece a las personas de buena voluntad:

7 Ser joven es amar el heroísmo siendo duro y tenaz.

7 Amar la audacia de las posturas limpias.

7 Amar nuestro tiempo.

7 Declarar la guerra al egoísmo, a la droga, al libertinaje, a la mentira y a la injusticia.

7 Comprometerse en algo noble e ideal.

Solamente el que cree, es capaz de hacer una verdadera rebeldía santa. Hay quien protesta en silencio, quizá la forme más simple y más punzante a la vez. El silencio corrige, porque levanta mil sugerencias en el fondo de quien la recibe envuelto en una mirada, un gesto, un morder los labios, etc. Y tal vez haya una gran parte de juventud sana que protesta en el silencio de quien espera una primavera para la vida que nos tocará vivir a partir de ahora.

Es una protesta muda, pero edificante. Es la voz silenciosa de quien se esfuerza y lucha por seguir esa rebeldía santa que lleva la juventud a un comportamiento comprometido, a un auténtico compromiso en sus actitudes, en su conciencia y en nuevas formas sin fronteras del vivir humano.

Creo que la conclusión más esperanzadora de este libro es la afirmación de que el adolescente o el joven pueden abandonar la esclavitud de las drogas y llegar a ser libres de verdad. En realidad, sólo hay una conclusión que da

esperanza para todos: que se puede vivir sin drogas, salir de las drogodependencias y enseñar a las personas a vivir sin drogas.

Es la lucha permanente para conquistar un ideal. *Adolescente: ¡vive sin drogas!* Da sentido a tu vida para que sea verdadera y eficaz, exige una transformación radical en las mismas facultades humanas, en los criterios, en la voluntad, en el corazón; si no se produce ese cambio subjetivo y profundo no tendrá garantías de continuidad. Esta transformación aunque siempre parezca lenta, ya que los criterios se forjan en la lentitud, exige una asimilación..., para esto es conveniente salir del lastre de la vida de uno mismo. Para sacar el pesimismo arraigado en el fondo del alma y en lo más profundo del corazón, hace falta un esfuerzo perseverante para conseguir esa transformación que es garantía de la verdadera rebeldía santa de aquella de los hijos de Dios.

Ni heroísmo de imaginación, ni huida de la vida, sino encarnación en el deber, en la lucha, en la dificultad, en el triunfo y en el fracaso. No es una cualidad de los superhombres o de los héroes, es algo que se ofrece a todos y está al alcance de cada cual.

Se trata de una transformación personal más profunda de convertirse en un ser humano nuevo, sin prejuicios, pero con la ilusión puesta en el deber cumplido, en la obra bien hecha, en el espíritu de servicio y en el caminar hacia Dios. Esto da una manera de vivir en plenitud. Una fuerza operante, dinámica, de una gran responsabilidad.

Vivamos con alegría, entusiasmo y emoción, atrevámonos a hacerlo de verdad. Tomemos el tiempo preciso para vivir, siendo conscientes de que los bienes materiales y los placeres, sin la alegría de vivir, son lo más absurdo que podemos lograr.

Contamos contigo:

Para construir un mundo mejor de *paz y amor*,
para caminar juntos hacia la *luz...*,
para encontrar la *libertad verdadera*,
para ser *hombres nuevos*,
para llenar el *mundo de alegría*,
para dar a manos llenas con *generosidad*,
para sembrar el *bien y la verdad*,
para ser portadores de *esperanza*,
para seguir las huellas de *Jesús*.

Índice

Adolescente: ¡vive sin drogas!	2
Ciriaco Izquierdo	3
Presentación	4
Los adolescentes frente a la droga	6
La droga, tema de actualidad	16
El drogadicto	33
Tratamiento del drogadicto	58
Rehabilitación	64
Conclusiones	77